

VILLA
de

MADRID



33-344-155 (d)

VILLA *de* MADRID

REVISTA DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO

SUMARIO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PLAZA DE LA VILLA

CENTRO DE ESTUDIOS
MUNICIPALES
ANTONIO MAURA

Precio del ejemplar: 40 pesetas.

SUSCRIPCIONES:

Semestre 120 pesetas.

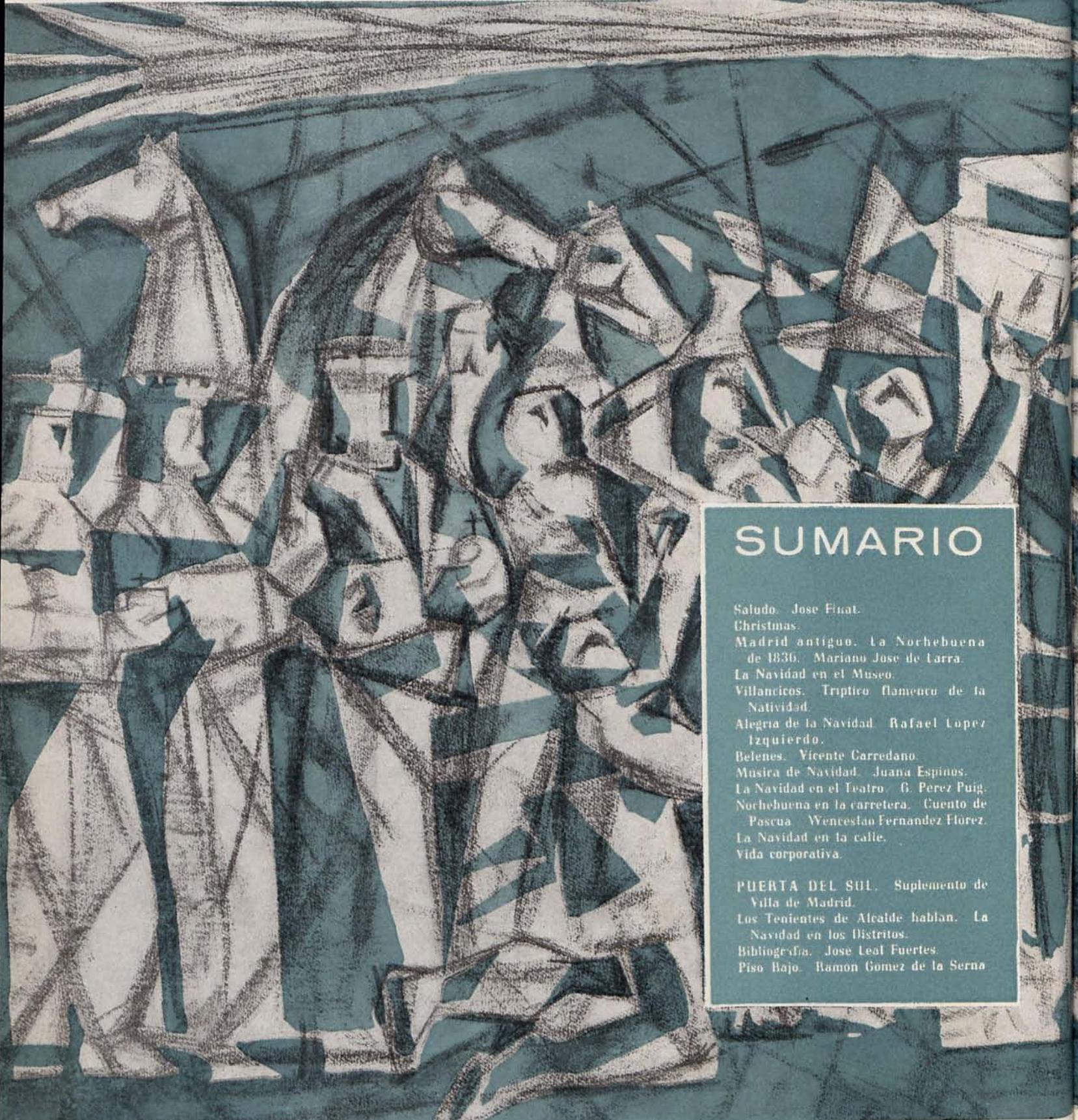
Año 240 »

Tel. 48 18 29

M A D R I D

AÑO I

NUM. 4



SUMARIO

Saludo. Jose Finat.
Christmas.
Madrid antiguo. La Nochebuena de 1836. Mariano Jose de Larra.
La Navidad en el Museo.
Villancicos. Triptico flamenco de la Natividad.
Alegria de la Navidad. Rafael Lopez Izquierdo.
Belenes. Vicente Carredano.
Musica de Navidad. Juana Espinos.
La Navidad en el Teatro. G. Perez Puig.
Nochebuena en la carretera. Cuento de Pascua. Wenceslao Fernandez Flores.
La Navidad en la calle.
Vida corporativa.

PUERTA DEL SOL. Suplemento de Villa de Madrid.
Los Tenientes de Alcalde hablan. La Navidad en los Distritos.
Bibliografía. Jose Leal Fuertes.
Piso Bajo. Ramon Gomez de la Serna

Mensaje de Navidad

COMO alcalde de la Villa de Madrid, capital de España, no quiero dejar que pasen estas fiestas gozosas de la Natividad del Señor, sin dirigirme a los madrileños para unirme a su alegría y a su íntima conmemoración. La Navidad es la fiesta de los hogares, y Madrid, ciudad hogareña si las hay, acogedora por ello y llena de ternura, la celebra desde antiguo, con un fervor que alumbra todas las ventanas con las velas de los Nacimientos, e ilumina todos los corazones con la llama de la fe.

La Humanidad, entregada a la discordia, al odio y al egoísmo, parece olvidar las palabras que, desde el cielo, pregonaron paz a los hombres de buena voluntad. Vivimos tiempos de dolor y desasosiego; encerrados en nuestros propios egoísmos volvemos la espalda al símbolo amoroso del Portal; a la unión sagrada de aquella familia, que predicaba la hermandad entre los humanos y la servía con su sacrificio. Mirar al mundo hoy es mirar unos seres estremecidos, entre un futuro incierto y un pasado lleno de dolor. Madrid, con su Navidad, debe dar ejemplo de todo lo contrario; de amor entre hermanos, que son los hombres; de fe y desprendimiento. En este mensaje yo me uno, con todo corazón y sencillez, a la conmemoración madrileña de la Navidad; a la dulce e ilusionada fiesta en que las familias se acercan al Pesebre para postrarse de hijos y pedir bendiciones a un Dios que vino al mundo para salvarnos haciéndose hombre.

Madrid sabe recoger la espiritualidad navideña, porque Madrid es todo espíritu. Espíritu, gracia y esa fe popular que le lleva a ofrendar sus hijos a la Virgen de la Paloma y abrir sus murallas a la Virgen de la Almudena. Frente a un mundo en zozobra, Madrid abre su fe, como un paisaje en el que floreciera la luminosa paz del Señor. Que El nos dé fuerzas y aliento para seguir el camino. Que el año en que entramos nos encuentre más dispuestos a la lucha y más rendidos a la oración. Que sepamos cumplir cada cual con sus deberes como el mejor medio de responder a la sublime venida de Jesús, para librarnos de todos los pecados.

Este es mi mensaje de alcalde a los madrileños. Mensaje fraterno que, estoy seguro, encontrará eco en ellos. Y que yo desearía lo encontrase también en los hombres que rigen los destinos de esta inquieta Humanidad, para que los cantos angélicos de gloria y paz se hiciesen, por fin, realidad venturosos y perdurable.

JOSE FINAT





¡Christma!

¡Christma!

AQUELLOS humildes pastores de las tierras de Belén, al albriciar a los hombres la buena nueva del nacimiento del Redentor, formularon la primera felicitación navideña. No es más moderna la costumbre de los regalos de Navidad. Surge también en esos días aurorales en que los pastores llevan sobre sus hombros el blanco cordero de la ofrenda. Cuando los tres Reyes Magos, siguiendo el camino marcado por la Estrella, hacían realidad la profecía de David: «los Reyes de Tharsis y de las islas; los reyes de Arabia y de Saba, vendrán a ofrecerle dones». Todo en ellos fué puro símbolo. Representaban las tres edades de la vida del hombre: Gaspar, la juventud; Baltasar, la plenitud, y Melchor, la ancianidad. Procedían de las tres partes del mundo, entonces conocido: el primero, de Europa (Grecia); el segundo, de Africa (Etiopía), y el tercero, de Asia (Caldea). También en sus presentes se encierra el símbolo: la mirra podemos identificarla con la humanidad; el oro, con la realeza, y el incienso, con la Divinidad de Cristo.

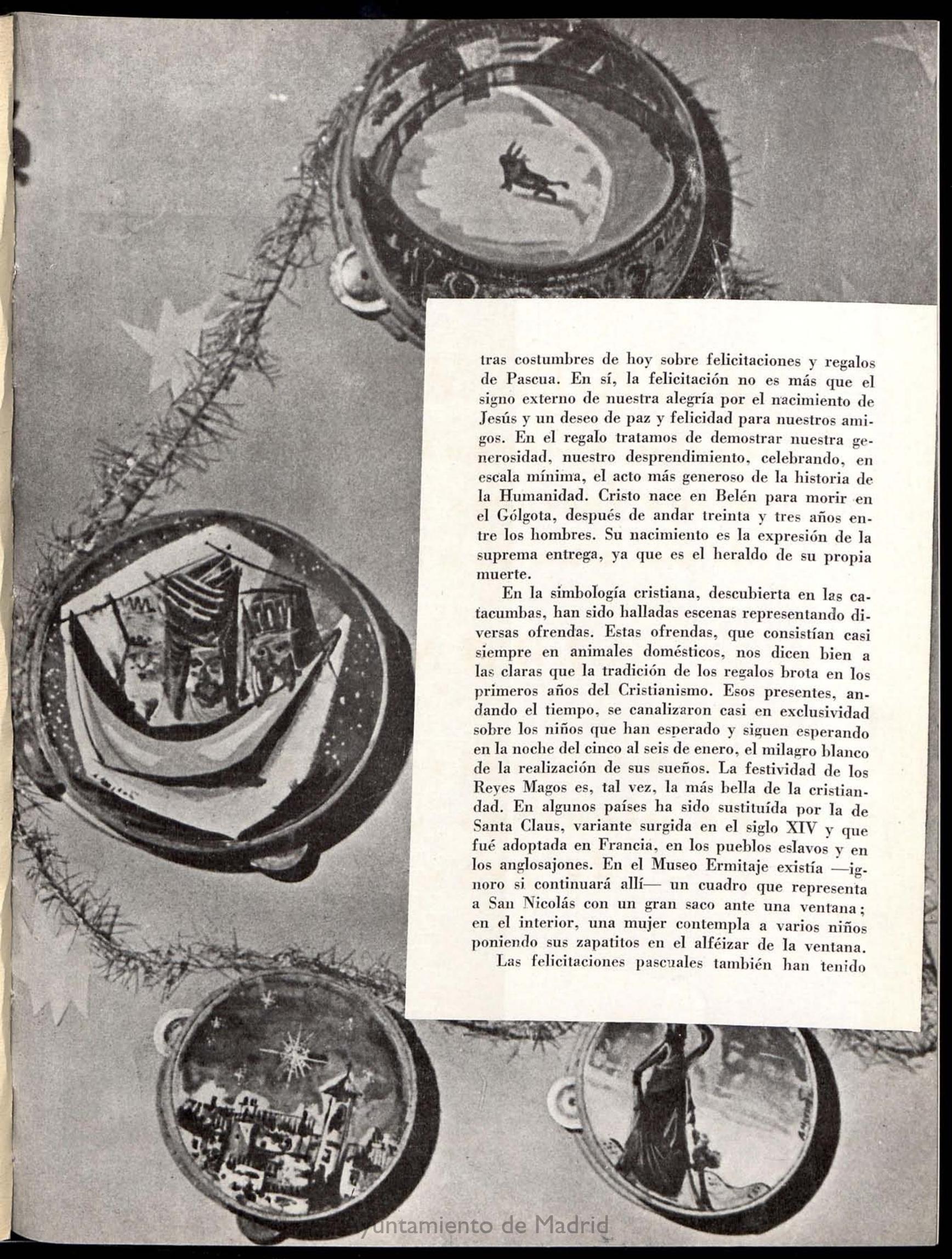
Estos son los antecedentes remotos de nues-



VILLA DE MADRID
*desea entrañablemente
a sus lectores en estos
días aurorales del*

1958

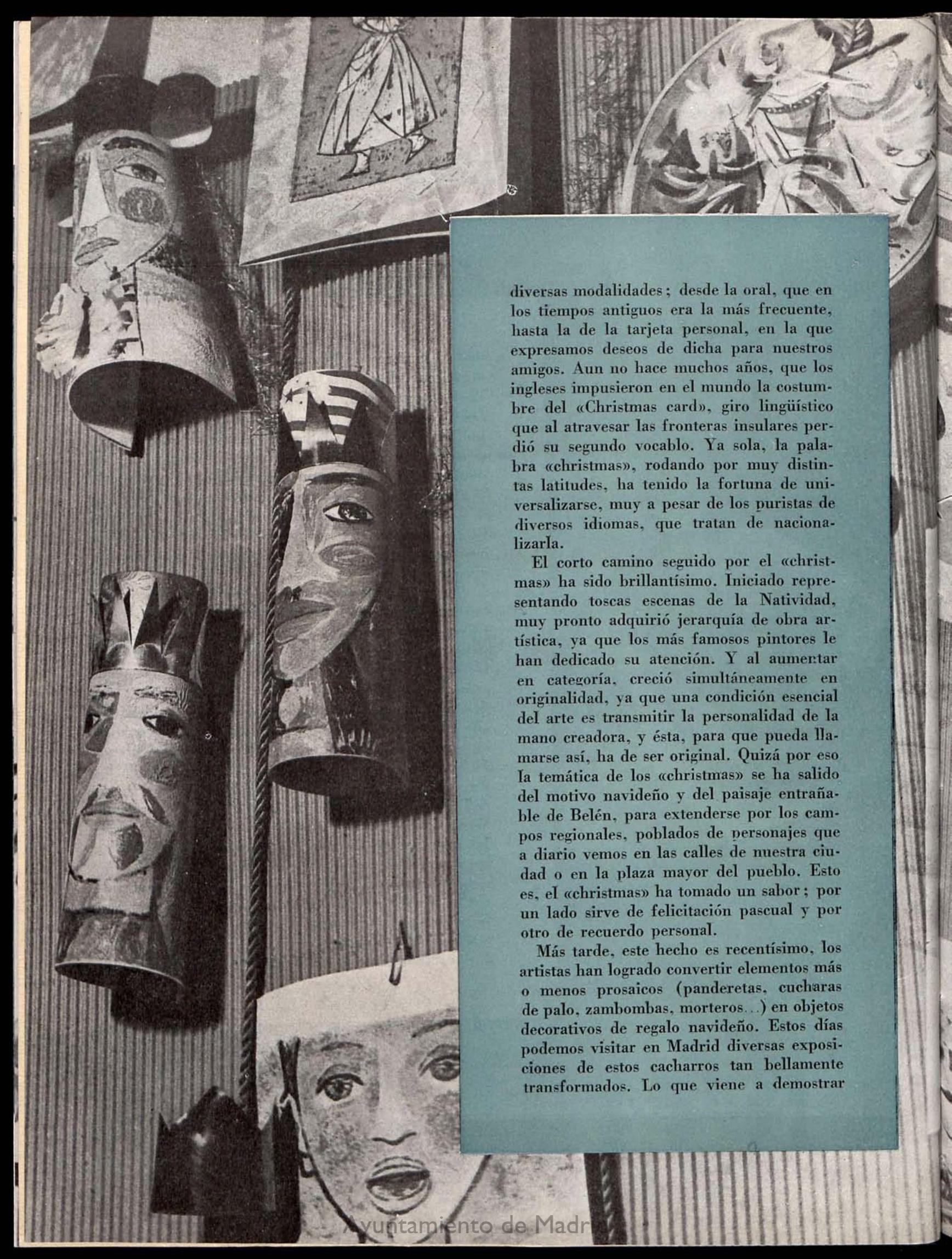
*un año feliz, largo
de alegrías y corto
de penas+*



tras costumbres de hoy sobre felicitaciones y regalos de Pascua. En sí, la felicitación no es más que el signo externo de nuestra alegría por el nacimiento de Jesús y un deseo de paz y felicidad para nuestros amigos. En el regalo tratamos de demostrar nuestra generosidad, nuestro desprendimiento, celebrando, en escala mínima, el acto más generoso de la historia de la Humanidad. Cristo nace en Belén para morir en el Gólgota, después de andar treinta y tres años entre los hombres. Su nacimiento es la expresión de la suprema entrega, ya que es el heraldo de su propia muerte.

En la simbología cristiana, descubierta en las catacumbas, han sido halladas escenas representando diversas ofrendas. Estas ofrendas, que consistían casi siempre en animales domésticos, nos dicen bien a las claras que la tradición de los regalos brota en los primeros años del Cristianismo. Esos presentes, andando el tiempo, se canalizaron casi en exclusividad sobre los niños que han esperado y siguen esperando en la noche del cinco al seis de enero, el milagro blanco de la realización de sus sueños. La festividad de los Reyes Magos es, tal vez, la más bella de la cristiandad. En algunos países ha sido sustituida por la de Santa Claus, variante surgida en el siglo XIV y que fué adoptada en Francia, en los pueblos eslavos y en los anglosajones. En el Museo Ermitaje existía —ignoro si continuará allí— un cuadro que representa a San Nicolás con un gran saco ante una ventana; en el interior, una mujer contempla a varios niños poniendo sus zapatitos en el alféizar de la ventana.

Las felicitaciones pascuales también han tenido



diversas modalidades; desde la oral, que en los tiempos antiguos era la más frecuente, hasta la de la tarjeta personal, en la que expresamos deseos de dicha para nuestros amigos. Aun no hace muchos años, que los ingleses impusieron en el mundo la costumbre del «Christmas card», giro lingüístico que al atravesar las fronteras insulares perdió su segundo vocablo. Ya sola, la palabra «christmas», rodando por muy distintas latitudes, ha tenido la fortuna de universalizarse, muy a pesar de los puristas de diversos idiomas, que tratan de nacionalizarla.

El corto camino seguido por el «christmas» ha sido brillantísimo. Iniciado representando toscas escenas de la Natividad, muy pronto adquirió jerarquía de obra artística, ya que los más famosos pintores le han dedicado su atención. Y al aumentar en categoría, creció simultáneamente en originalidad, ya que una condición esencial del arte es transmitir la personalidad de la mano creadora, y ésta, para que pueda llamarse así, ha de ser original. Quizá por eso la temática de los «christmas» se ha salido del motivo navideño y del paisaje entrañable de Belén, para extenderse por los campos regionales, poblados de personajes que a diario vemos en las calles de nuestra ciudad o en la plaza mayor del pueblo. Esto es, el «christmas» ha tomado un sabor; por un lado sirve de felicitación pascual y por otro de recuerdo personal.

Más tarde, este hecho es recentísimo, los artistas han logrado convertir elementos más o menos prosaicos (panderetas, cucharas de palo, zambombas, morteros...) en objetos decorativos de regalo navideño. Estos días podemos visitar en Madrid diversas exposiciones de estos cacharros tan bellamente transformados. Lo que viene a demostrar

T. Mateo

que no hay absolutamente nada en el mundo desprovisto de lirismo. La poesía a veces está en las cosas, callada, estática, esperando que venga alguien y la haga cantar. Otras veces, la mayoría, el encanto poético se halla en nuestros ojos; todo depende de como veamos los objetos, los árboles, las piedras, los animales. Si nuestra mirada es amorosa, prendemos poesía allí donde se pose.

Si todos los medios son buenos para desear la felicidad ajena, cuando esos medios están rozados por las alas mágicas del arte, son aún mejores.

A. Moreno





LA NOCHE

YO Y MI CRIADO. - DELIRIO FILOSÓFICO

EL número 24 me es fatal: si tuviera que probarlo diría que en día 24 nací. Doce veces al año amanece, sin embargo, día 24: soy supersticioso, porque el corazón del hombre necesita creer algo, y cree mentiras cuando no encuentra verdades que creer; sin duda por esa razón creen los amantes, los casados y los pueblos a sus ídolos, a sus consortes y a sus Gobiernos; y una de mis supersticiones consiste en creer que no puede haber para mí un día 24 bueno. El día 23 es siempre en mi calendario víspera de desgracia, y a imitación de aquel jefe de policía ruso que mandaba tener prontas las bombas las vísperas de incendios, así yo desde el 23 me prevengo para el siguiente día de sufrimiento y de resignación. y en dando las doce ni tomo vaso en mi mano por no romperle, ni apunto carta por no perderla, ni enamoro a mujer porque no me diga que sí, pues en punto a amores tengo otra superstición: imagino que la mayor desgracia que a un hombre le puede suceder es que una mujer le diga que le quiere. Si no la cree es un tormento, y si la cree... ¡Bienaventurado aquel a quien la mujer dice *no quiero*, porque ése a lo menos oye la verdad!

El último día 23 del año 1836 acaba de expirar en la muestra de mi péndola y, consecuente en mis principios supersticiosos, ya estaba yo agachado esperando el aguacero y sin poder conciliar el sueño. Así pasé las horas de la noche, más largas para el triste desvelado que una guerra civil; hasta que, por fin, la mañana vino con paso de intervención, es decir, lentísimamente, a teñir de púrpura y rosa las cortinas de mi estancia.

El día anterior había sido hermoso, y no sé por qué me daba el corazón que el día 24 había de ser *día de agua*. Fué peor todavía: amaneció nevando. Miré el termómetro, y marcando muchos grados bajo cero; como el crédito del Estado,



M A D R I D A N T I G U O
BUENA DE 1836

P o r M A R I A N O J O S E D E L A R R A

Como es costumbre en "Villa de Madrid", acudimos a un escritor de ayer y reproducimos un artículo oportuno del más oportuno y desgraciado de nuestros ingenios. Mariano José de Larra fustiga en él, con su inimitable estilo el contorno de la Navidad de 1836, que, con una actualidad desusada, repite tantos motivos de nuestros tiempos.





Grabado navideño de Alenza (Museo Municipal. Madrid)

Resuelto a no moverme porque tuviera que hacerlo todo la suerte este mes, incliné la frente, cargada, como el cielo, de nubes frías; apoyé los codos en mi mesa y paré tal que cualquiera me hubiera reconocido por escritor público en tiempo de libertad de imprenta o me hubiera tenido por miliciano nacional citado para un ejercicio. Ora vagaba mi vista sobre la multitud de artículos y folletos que yacen empezados y no acabados ha más de seis meses sobre mi mesa, y de que sólo existen los títulos, como esos nichos preparados en los cementerios que no aguardan más que el cadáver; comparación exacta; porque en cada artículo entiendo una esperanza o una ilusión. Ora volvía los ojos a los cristales de mi balcón; veía los empañados y como llorosos por dentro: los vapores condensados se deslizaban a manera de lágrimas a lo largo del diáfano cristal; así se empaña la vida, pensaba; así el frío exterior del mundo condensa las penas en el interior del hombre; así caen gota a gota las lágrimas sobre el corazón. Los que ven de fuera los cristales, los ven tersos y brillantes;

los que ven sólo los rostros, los ven alegres y serenos...

Haré merced a mis lectores de las más de mis meditaciones; no hay periódicos bastantes en Madrid, acaso no hay lectores bastantes tampoco. ¡Dichoso el que tiene oficina, dichoso el empleado, aún sin sueldo o sin cobrarlo, que es lo mismo; al menos no está obligado a pensar, puede fumar, puede leer la Gaceta!

«¡Las cuatro! ¡La comida!», me dijo una voz de criado, una voz de entonación servil y sumisa; en el hombre que sirve, hasta la voz parece pedir permiso para sonar. Esta palabra me sacó de mi estupor, e involuntariamente iba a exclamar como Don Quijote: «Come, Sancho, hijo, come, tú que no eres caballero andante y que naciste para comer»; porque al fin los filósofos, es decir, los desgraciados, podemos no comer, ¡pero los criados de los filósofos! Una idea más luminosa me ocurrió; era el día de Navidad. Me acordé de que en sus famosas saturnales los romanos trocaban los papeles y los esclavos podían decir la verdad a sus amos.



Grabado navideño de Alenza (Museo Municipal. Madrid)

Costumbre humilde, digna del cristianismo. Miré a mi criado y dije para mí: «Esta noche me dirá la verdad.» Saqué de mi gaveta unas monedas; tenían el busto de los monarcas de España, cualquiera diría que son retratos; sin embargo, eran artículos de periódico. Las miré con orgullo: «Come y bebe de mis artículos —añadí con desprecio—: sólo en esa forma, sólo por medio de esa estratagema, se pueden meter los artículos en el cuerpo de ciertas gentes.» Una risa estúpida se dibujó en la fisonomía de aquel ser que los naturalistas han tenido la bondad de llamar racional sólo porque lo han visto hombre. Mi criado se rió. Era aquella risa el demonio de la gula que reconocía su campo.

Tercié la capa, calé el sombrero, y en la calle.

¿Qué es un aniversario? Acaso un error de fecha. Si no se hubiera compartido el año en trescientos sesenta y cinco días, ¿qué sería de nuestro aniversario? Pero al pueblo le han dicho: «Hoy es un aniversario», y el pueblo ha respondido:

«Pues si es un aniversario, comamos, y comamos doble.» ¿Por qué se come hoy más que ayer? O ayer pasó hambre y hoy pasará indigestión. Miserable humanidad, destinada siempre a quedarse más acá o ir más allá.

Hace mil ochocientos treinta y seis años nació el Redentor del mundo; nació el que no conoce principio y el que no reconoce fin; nació para morir. Sublime misterio.

¿Hay misterio que celebrar? «Pues comamos», dice el hombre; no dice: «Reflexionemos». El vientre es el encargado de cumplir con las grandes solemnidades. El hombre tiene que recurrir a la materia para pagar las deudas del espíritu. ¡Argumento terrible en favor del alma!

Para ir desde mi casa al teatro es preciso pasar por la plaza tan indispensablemente como es preciso pasar por el dolor para ir desde la cuna al sepulcro. Montones de comestibles acumulados, risa y algazara, compra y venta, sobras por todas partes, y alegría. No pudo menos de ocurrirme la idea de Bilbao: figuróseme ver de pronto que se alzaba

por entre las montañas de víveres una frente altísima y extenuada: una mano seca y roída llevaba a una boca cárdena, y negra de morder cartuchos, un manojo de laurel sangriento. Y aquella boca no hablaba. Pero el rostro entero se dirigía a los bulliciosos liberales de Madrid, que traficaban. Era horrible el contraste de la fisonomía escuálida y de los rostros alegres. Era la reconvencción y la culpa; aquélla, agria y severa; ésta, indiferente y descarada.

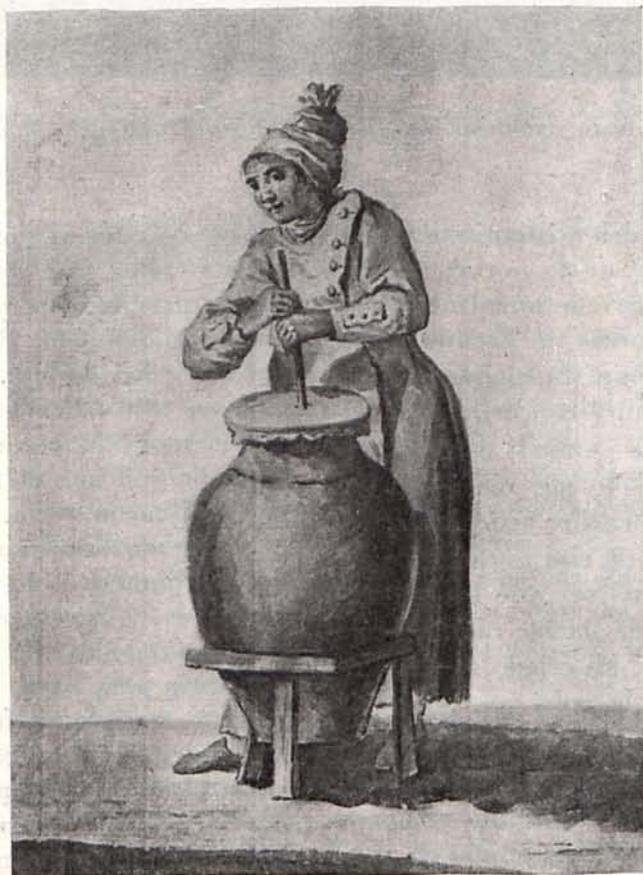
Todos aquellos víveres han sido aquí traídos de distintas provincias para la colación cristiana de una capital. En una cena de ayuno se come una ciudad a las demás.

¡Las cinco! Hora del teatro: el telón se levanta a la vista de un pueblo palpitante y bullicioso. Dos comedias de circunstancias, o yo estoy loco. Una representación en que los hombres son mujeres y las mujeres hombres. He aquí nuestra época y nuestras costumbres. Los hombres ya no saben sino hablar como las mujeres, en Congresos y en corrillos. Y las mujeres son hombres, ellas son las únicas que conquistan. Segunda comedia: un novio que no ve el logro de su esperanza; ese

novio es el pueblo español: no se casa con un solo Gobierno con quien no tenga que reñir al día siguiente. Es el matrimonio repetido al infinito.

Pero las orgías llaman a los ciudadanos. Ciérranse las puertas, ábranse las cocinas. Dos horas, tres horas, y yo rondo de calle en calle a merced de mi pensamiento. La luz que ilumina los banquetes viene a herir mis ojos por las rendijas de los balcones; el ruido de los panderos y de la bacanal que estremece los pisos y las vidrieras se abre paso hasta mis sentidos, y entra en ellos como cuña a mano, rompiendo y desbaratando.

Las doce van a dar: las campanadas que ha dejado la Junta de enajenación en el aire, y que en estar todavía en el aire se parecen a todas nuestras cosas, citan a los cristianos al oficio divino. ¿Qué es esto? Va a expirar el día 24, y no me ha ocurrido en él más contratiempo que mi mal humor de todos los días? Pero mi criado me espera en mi casa; como espera la cuba al catador, llena de vino; mis artículos, hechos moneda, mi moneda hecha mosto se ha apoderado del imbécil como imaginé, y el asturiano ya no es hombre; es todo verdad.



la
Navidad
en el
Museo



Los árboles que amaba Eugenio dan sombra madrileña a la Navidad. Árboles de hojas anchas, ramas tendidas, un poco cansadas en la paz del aire que no se mueve. Se remansa el aire aquí y todo es tranquilo en un barrio que preside la cardina escondida de los Jerónimos. Cuando nos acercamos al Museo, Madrid se queda quieto, como para una contemplación. Y se anda en este caminar de Navidad tal que en compañía de un fantasma, el fantasma bueno, apasionado, leonino y profundo del maestro que acompañó de tres en tres nuestras horas por las salas. El se paraba ante estos árboles, y comprendía la belleza del que vive como pórtico a la belleza de lo que se eterniza. Porque si hay algo en el arte —en su quietud y en su olvido del tiempo— eso es eternidad.

Quizá el mejor comentario sobre la Navidad en el Museo pudiera escribirse en una pandereta; en la vitela de una pandereta, donde la tinta se diluye como en los viejos pergaminos. Sobre ella se pintó y se escribió en Madrid, por una iniciativa iluminada de un comercio que olvidó el balance por la poesía. Los versos en las panderetas tenían un aire ingenuo de villancicos. Estos árboles, quiérase o no se quiera, son árboles de Navidad, y en estos días parece que quisieran adornarse con la plata y las bolas multicolores y la escarcha mentida y los soles, las lunas y las estrellas. Sus ramas últimas apuntan al cielo, y en la noche se enraizan en él. Estas raíces altas de los árboles del Museo, estas raíces fantásticas y voladoras parecen esperar el mensaja de los ángeles, que habla una vez más con voz de esperanza a la buena voluntad de los hombres. Pararse bajo ellos antes de entrar en un Museo es como la parada de la puerta de un templo, y su rocío casi nos invita a signarnos como un agua bendita.

El Ángel del Señor anunció a María. Era muy pura la doncella, blanca entre las blancas, cándida y virginal. Su paso era menudo, y cruzaba sin que se la sintiese apenas, pero en su torno un vago son de músicas acompañaba su caminar. Tenía la frente sin mancha, la frente de los pensamientos que desconocen maldad y desean dichas sin cuento a los hombres todos; a los conocidos y a los desconocidos; a los

Federico Barocci († 1612). El Nacimiento.





Pierico Thierry Bout (1475). Fragmento de la Anunciación.

niños y a los ancianos; a los que tienen el alma alegre y a los que envuelven su corazón con brumas de melancolía. En las orillas de los caminos las flores asomaban bajo la nieve para aromar su paso. En todas —en las rojas, en las azules, en las verdes como la esperanza, en las oscuras como la desilusión— había algo blanco también.

La doncella vivía su existencia sin pecado. Los cristales dejaban pasar los rayos de sol, y a ella la esperaba el mensaje del Señor para anunciarla el milagro de su intacta pureza. En el silencio de su recogimiento, el alma se le fundía con una llama que sólo daba luz. Ni un ardor, ni un estremecimiento en esta estrella interna de María, que alumbraba su cielo. El cielo de las cosas eternas, de la verdad, de lo que es superior a todo, como puede serlo la misma sencillez. Porque ella era sencilla también; sencilla como la brisa que peina el campo de la aurora; como la torre que nada manchó; como la mañana. En la mañana iba su estrella —estrella matutina—, y era todo luz de esperanza, la luz que la rodeaba. Si extendía su mano, la paz caía sobre los corazones; si entreabría su sonrisa, los cánticos brotaban de los labios como los cantos de unos niños que no envejecieron porque ella era sin mancha.

Esta doncella virginal debió tener un pintor angélico. Y un pintor que no fuera de este mundo. Cuando el Ángel se la acerca con su buena nueva temblorosa, ella queda recogida en sí misma, adorando ya en su interior a lo que ha de venir. Todo se hace más suave, si existe un día sin el cual en el mundo, tamizado de maravilla, es este en que el Ángel anuncia a María. Las nubes se hacen transparentes para el paso de la luz que ha de alumbrar al mundo en el portento de su alumbramiento, y los astros se hacen pálidos al palidecer ante esta luz que no deslumbra, pero que lucirá

LA ANUN



NCIACION

Fra Angélico da Fiésole († 1455). La Anunciación



siempre, redonda como una esperanza y como una mujer. Porque va a ser madre la doncella. Madre de todos los hombres, que la saludarán también con el Ave María.

El pintor Angélico recogió la suavidad de la luz, el lirio intacto, el cielo que ni siquiera es azul, las rosas, desleídos como rubores, los oros, que no sueñan en la moneda. Hincó de rodillas la doncella, porque ella adora ya al Dios que ha de venir. Todo es como una estrofa en la que ni siquiera resulta preciso buscar una rima, porque el sentimiento es superior a todo, incluso a la poesía. Es una Anunciación —la Anunciación de fray Angélico— en la que los pinceles abrieron una ventana a un paisaje fantástico, por encima de la tierra, casi colgado entre lo que es camino y lo que es salvación. Cuando el Poverino de Asís hablaba a los animales, éstos corrían hacia este paisaje; cuando los niños duer-

men, juegan en él. La Anunciación de fray Angélico está llena de bondad. Ser bueno es el modo más perfecto de cumplir oración.

Y fray Angélico debió de pintar así. Debió de pintar rezando.

El Angel del Greco es más poderoso. La divina locura del que no quería ser de esta tierra se detuvo ante un tema que, pese a todo, lo es. La Anunciación encierra la buena nueva a la doncella, sí; pero, sobre todo, a los hombres que pueblan el Universo, a los que padecen, a los que pecan, a los que aspiran perfección. Esta doncella, pura como las nieves altas, va a redimir, al aceptar la voluntad del Señor, a una humanidad encadenada. Sus manos, tan sin fuerza, tan de pétalo que cae sobre el agua y que la corriente acaricia al llevarse a su remanso, son las más poderosas en la historia del mundo. Cuando se cruzan,

el mundo queda prisionero en ellas, y, cuando se abren, de ellas nace la libertad del mundo. El Greco abandona sus visiones ante esta suprema aparición, y su tortura se serena; y el retorcimiento de sus figuras, como llamas en que se quemase un imposible ideal dejan el martirio por la paz, la duda por el contento. Nada contenta más que la verdad, decía el santo de Aquino. El Greco, por escasa vez en su vida, se enfrenta con este tema, tan verdadero, tan hondo de la Anunciación de María. Y gana con ello una especial serenidad. El que no la tuvo nunca, que elevó sus figuras en un imposible alzarse, pinta quieto, como en un susurro.

Diríase que se ha arrodillado.

Dominico Theotocópuli El Greco
(† 1614). *La Anunciación.*





EL NACIMIENTO

***P**OR el cielo los ángeles vuelan;
por la tierra va la algarabía
de los tiernos pastores que anhelan
dar contento al nacer del Señor.*

.....
*Alegría,
que es nacido el divino Pastor.*



Patinir (1480-1524).

EL Nacimiento es muy humano. Esta Virgen que se inclina sobre un niño redondo, en la maravillosa soledad del establo, es ya la Madre gozosa que se recrea en su gozo. Ha caminado por las puertas de la indiferencia, por los caminos del egoísmo, por la noche sin cobijo, que es como una gran cúpula sin respuesta para su llamada. José la precedía y demandaba ayuda para su trance. Pero na-

die comprendió su necesidad, y ellos caminaron y caminaron, solos los dos con su milagro, los dos a solas con su amor. La doncella no hablaba y José sentía que una pena muy grande le velaba el alma. Y seguían caminando. Y los copos de nieve, al caer en el suelo, estaban contentos de alfombrar aquella única celestial soledad de la divina pareja.

El establo es muy humano también. Muy terreno. La paja está

húmeda por el rocío y las bestias elevan al cielo su vaho como un incienso. María se reclina rendida. Hay en este doblarse de la Virgen como una especie de reverencia ante el Señor que ha de venir. Nada la importa lo que la suceda porque el más asombroso de los sucesos se ha cumplido ya en ella. A través del techo derruido se ven las estrellas que centellean. A José le parecen lágrimas. A María, alborozo.

Por eso, cuando sonríe al Recién Nacido, en su sonrisa se hace flor la de todas las madres. En esta alegría de su principio, y en el dolor de su final, María es la Madre de la humanidad, y

por eso los pinceles más diferentes coinciden. Coincidió el de Luini, que nos presenta una Virgen sonrosada, una Virgen de primavera, pese a que la nieve cae y los Reyes no encuentran a

veces la estrella. Y los de Menli, que la estilizan, bizantinos de un país con niebla. Y los de Patinir, que la dejan posada sobre un paisaje italiano. Pueden variar estos y mil detalles más en



Hans Memling (†1494). *La Natividad*

los Nacimientos del Museo, pero nunca la sonrisa de la Virgen. Es el mundo quien sonríe en ella. Las madres que imaginan fábulas junto a las cunas sin vaivén; las doncellas envueltas en rubores y las mujeres poderosas que por su familia vencen la desgracia. Luini pinta una Virgen de carne; Menlig, una Virgen estatua; Patimir, una Virgen aparecida. Pero las tres son iguales, porque las tres sonríen.

La sonrisa de María ilumina, con su prodigioso resplandor, el camino de la Pasión. Y por eso la Pasión, con su drama, nos resulta sencilla; estremecedora, sí, pero también suave, como una luz que se apaga sin producir incendio. A lo largo de la Pasión, la tragedia de Cristo hecho hombre se acompaña siempre con la esperanza de Cristo hecho Redentor. Y los pinceles no se mojan

en color de tragedia, sino que suavizan los perfiles y dan al atardecer sobre el Gólgota una amanecida de apoteosis. Cuando Cranach pinta sus «Pietás» las gentes que hincan la rodilla para consolarse en el rezo, desvían la mirada, porque el Cristo atormentado y humano del alemán no es el Cristo que precisan para enjugar sus dolores; el Cristo del que Larra dijo: «No toquéis la Cruz. Los hombres tristes necesitamos contemplar una tristeza mayor para llevar con resignación nuestras tristezas.»



La Virgen no está triste en el día del Nacimiento, pese a que un largo camino doloroso se extiende ante los pies rosados de este niño que aún no hollaron la nieve ni el esfuerzo. Ella sabe que ha de apurar su cáliz de amargura, pero que, en el fondo de este cáliz, duerme nada menos que la redención de los hombres. Y ella, ya lo dijimos, es la Madre de todos los hombres, el dulce refugio al que saludamos por las mañanas con las tres veces repetidas palabras del ángel: Dios te salve, María...

*Dios te salve María, toda doncella.
Pura como el lucero, como la es-
[trella,
como la flor.
Pura como la Madre del Redentor.*

La pureza no puede pintarse tristemente. Por eso, en el Nacimiento, amanece sobre la sonrisa de María.



LA ADORACION

YA viene el canto de los ángeles, ya las zambombas de los pastores dan algarabía a la penumbra, ya el molinero coge la harina blanca, y la mujeruca la miel que guardó, y el niño los recentales que se encomendaron a su cuidado. Ya marchan por los cien caminos que nevé el Nacimiento. Ya el agua se detiene para hacerse papel de plata y el musgo miente praderas,

y el serrín tierra caliente. Ya el mundo estalla alborozado porque Dios es venido.

*La zambomba, el pandero, el tambor
Alegria en el campo y la flor
que es nacido el Divino Pastor.*

Venían de los lejanos paisajes de Oriente. Traían en sus ojos las ciudades fabulosas donde el sol al ponerse enciende los lagos y los mares, donde las frutas estallan con un fuego interior, donde el aire es ardiente y las arenas infinitas semejan un agua que se hubiese muerto. Venían de las tierras que no habían escuchado hablar de la buena nueva, donde crecen altos los árbo-

les y la vida es fácil como un ramo que no se marchita. Peregrinaban, iluminados, porque en el cielo había aparecido una estrella. Acaso la estrella de Balaam, que la llamara Estrella de Jacob.

Caminaban y caminaban, y los pasos iban acercándose el uno al otro. Melchor era anciano, con la barba larga, color de plata, como la luna que corre el firmamento. Gaspar era rubio y joven y espigado, como las mieses que dobla el mistral. Baltasar era negro y ardiente y arrojado como el vendaval que corre en la noche.

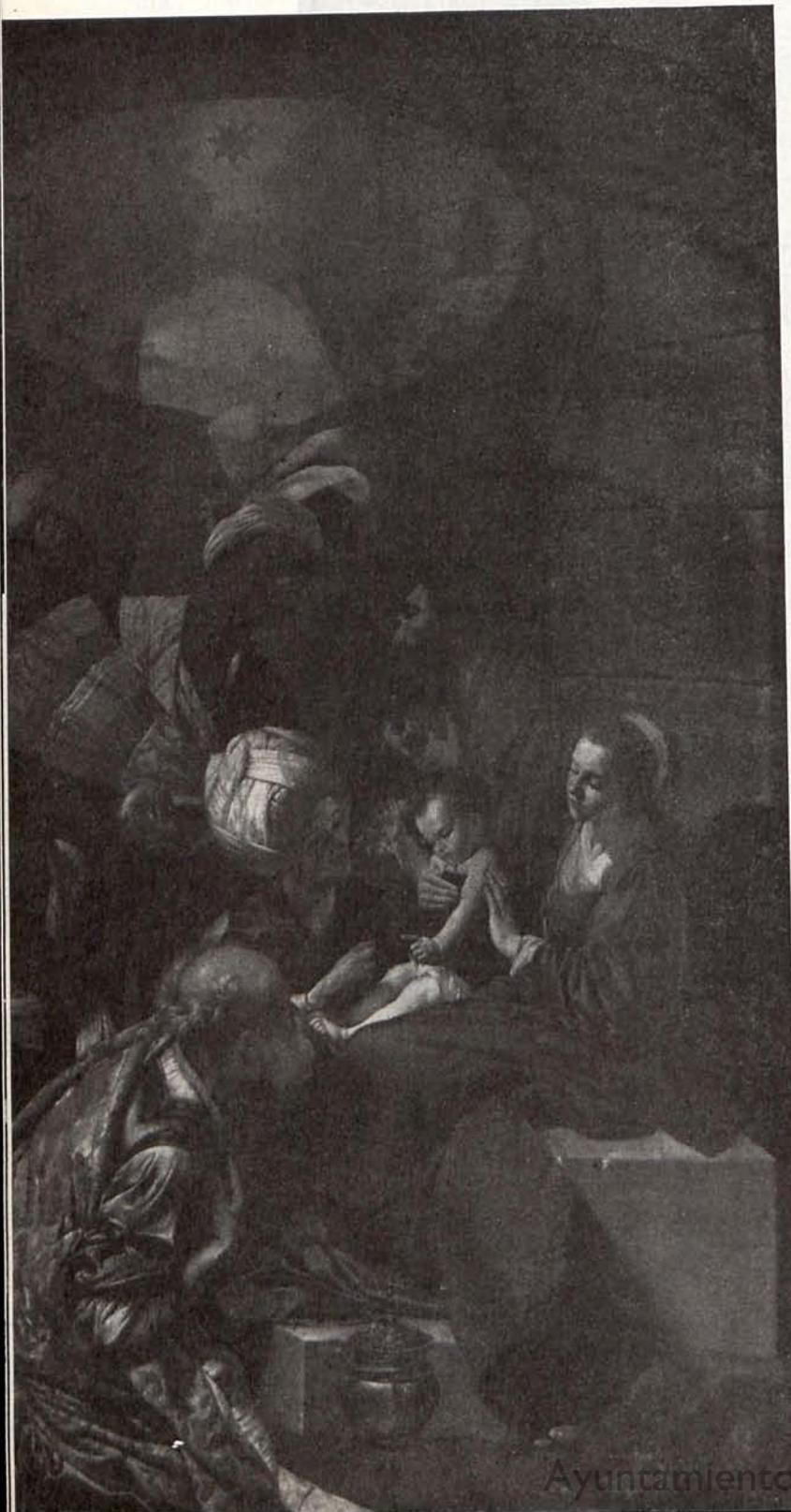
Detrás se agrupaba el cortejo barroco de los pajes y de los servidores. Ninguno sentía el cansancio, aunque la ruta era larga, y dejaban atrás colinas y arboledas y campos llanos y aguas rumorosas. No daban pausa a su esfuerzo e ignoraban las bellezas que aparecían ante sus ojos, porque sus ojos sólo podían mirar una estrella.

Y cuando se encontraron se reconocieron. Nunca habían escuchado hablar el uno del otro, pero los tres acudían para adorar al Señor, y por eso se les llamó Magos, que quiere decir adoradores. Ninguna magia como ésta. Ninguna magia como el encendido fervor de unos hombres poderosos que acudían para adorar al más humilde de los nacidos; al Niño del pesebre que debía calor a una mula y un buey, que descansaba sobre paja y estiércol, desnudo como una joya que nadie se atrevió a montar. En los ojos de los tres lucía la misma luz, reflejo de la del cielo, y cuando se encontraron preguntáronse: «¿Adónde vais?», y los tres contestaron con una misma voz: «Vamos a adorar al Rey de los judíos que acaba de nacer.»

Y los tres siguieron juntos. Su caminar era el caminar del mundo, del venido y del por venir. Era el caminar de los que buscan la verdad, de los que ansían creer y de los arrepentidos, de los que poseen la verdad y de los que van a tientas buscándola anhelantes. Cada hombre tiene su estrella, que era la del milagro, la de la cita, la del postrarse de hinojos levantando en las manos el incienso, el oro y la mirra, levantando en cofres maravillosos enjoyados por las más bellas gemas de sus minas, quedaron a los pies del Niño y se fueron mezclando así con la tierra, con el mullido calor del establo, con los corderos de los pastores y los dulces de las mujeres y los frutos de los labriegos. Fué la primera gran lección de humildad.

Pese a toda la riqueza de las adoraciones, los pintores se han acercado humildemente también a este rendirse de los Reyes Magos ante el Rey de la Creación. Velázquez, humilde él, como puede serlo lo perfecto, pinta

Juan Bautista Maino (1649). *La adoración de los Magos*



una adoración con pastores. El hombre que dominó la pintura hasta hacerla lo más rico que en la tierra existe, porque nada más rico que la perfección, elige los hombres del campo, los hombres de buena fe, que no saben nada y que lo saben todo, que dejan sus rebaños al cuidado de los ángeles y se lanzan por las laderas del trabajo al establo de la labor. Nada hay nuevo para ellos en el paisaje, y, sin embargo, aquella noche el paisaje era todo novedad, y se decían que el momento era llegado y que había que acudir para celebrarlo a su manera sencilla, la manera del romance, de la copla, del canto que se va por los campos a la guarda del horizonte. Los pastores de Velázquez tienen aire de hidalgos. Envueltos en sus pellizas, al postrarse ante el Niño Dios, inician la más perfecta de las reverencias palaciegas.

El Rey negro da guardia al cuadro de El Bosco. A un costado del barroco central, erguido como si sostuviera un arma, Gaspar, fuerte y arrojado, parece velar porque nada turbe la grandiosidad del momento. Blanco de años y sabiduría, Melchor se hinca de hinojos; tierno, como puede serlo la juventud, Gaspar no acierta a entreabrir el labio florecido. La estrella se ha detenido marcándoles la llegada. Es música el aire y canto la tierra. Gaspar vela, en pie, porque nada mancille este milagro blanco y sin maucillar.

Como un tapiz enhebrado en oro, Juan Bautista Maino concibe su Adoración. Los Magos sabían de estos tapices fabulosos. Estos tapices que enriquecen las fantasías de Oriente, paisajes interiores de los palacios, perspectivas para el sueño de los guerreros que tienen cuevas con tesoros y lámparas que lo pueden todo. Su Adoración es una Adoración multicolor, joya imaginativa, redoble de ornamentación. Pero en los rostros está también la sencillez. La Virgen es sencilla, y el Niño y los tres peregrinos de un peregrinar estrellado. Diríase que el contraste



Diego Velázquez († 1660). *La Adoración de los Magos.*



Bosch (1450-1516), la Adoración de los Magos.

la resalta todavía más. Puede rezarse en una habitación humilde o acompañar la oración con el incienso, los cirios, los cantos, las vidrieras, los mármoles. Pero la oración es siempre la misma. Cuando Maino pinta su Adoración recargada parece concebir la guarda de un libro bizantino y precioso, pero cuyas páginas al abrirse sólo nos muestran

la exacta y limpia pureza de las palabras.

Navidad en el Museo, por una vez, los árboles son árboles de Nacimiento; por las salas largas y silenciosas resuenan las estrofas invariables.

*Alegria, alegría,
que es nacido Jesús de María.*

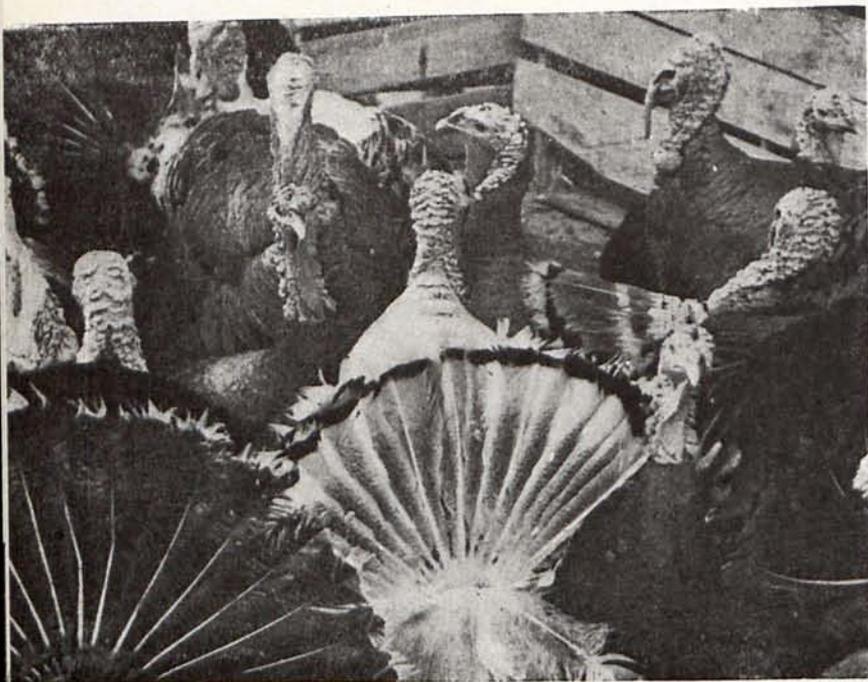
ALEGRÍA DE LA NAVIDAD EN MADRID

Por RAFAEL LOPEZ IZQUIERDO



CADA año desde todos los siglos se abren en Navidad y Año Nuevo las flores de la alegría. Como un don maravilloso de Dios para los hombres que creen en El y que siguen fervorosamente el bíblico pasaje de su Natividad gloriosa. Todo, en efecto, revive entonces con una ilusión nueva y purísima al llegar estas fechas que toda la Cristiandad celebra con amor y oración en una comunión conmovida olvidándose por unos momentos de todo el amargor y el dolor que da la vida.

La tradición haciéndose eco del sentir de los hombres desde aquellos que bailaron al fulgor



de las estrellas de Belén para celebrar la llegada mesiánica, tañendo rabeles y zambombas ante el divino recién nacido, hasta los que ahora pueblan las ciudades en plena era nuclear y en plenitud también de prosa y materialismo, la tradición, digo, ha

tomado para sí esta singular condición de la Humanidad diversa y separada que de pronto por la magia de la conmemoración que al mundo entero conmueve se entranan en un todo y al unísono cantan la sencillez del villancico en homenaje al Dios-Niño que cada año nace en nuestras casas a la luz de las cándidas velas y de colores en medio de un paisaje en el que la nieve de azúcar o de harina se hace calor vivo y en el que la escarcha de piel de metal presta fulgores a las montañas de corcho centelleando sobre los caminos cubiertos de serrín que pueblan pastores y aldeanas.

Cunde, en fin, la alegría en todo el orbe cuando llegan estas fechas navideñas. Y aún se prolonga al acabar el año y palpita en los hogares cristianos con las fiestas de la Epifanía. Todo es alegre y bello al llegar este momento del calendario. En la casa humilde y en la del potentado. En la calle de la ciudad grande y en el pequeño recodo de la mínima aldea; en el campo mismo donde se arrebujaba aterido el pastor al lado de la brasa y en el gran salón rutilante de la mansión señorial. Si en la calle de la población grande o pequeña hay ruido de panderetas, zambombas y cascabeles, también en la choza pastoril hay un villancico ante la lumbrera mientras la sábana dilatada y blanca de la nieve





cuajada se extiende ante sus humildes habitantes que asimismo en la Nochebuena saben reír. Ante ellos está el signo de Dios en su portentoso Nacimiento y quizá en el regazo de la pastora el hijito que no teme al frío porque está cobijado por su madre mientras hierve al lado la leche humeante y se cuecen la sopas en el caldero y las ovejas balan alegremente apiñándose para el descenso cuando ha llegado la media noche.

En la ciudad la alegría tiene aire de espectáculo. Tanto en las casas como dentro del templo que, en esa noche cristiana y bella, es como la prolongación misma del hogar entrañable. En la casa está el Belén cuajado de luces y de estrellas, anacrónico cuanto más modesto tendrá la virtud de reunir a su alrededor a toda la familia cristiana. Habrá luego cánticos y risas y turroneos y licores olorosos cuando llegan las doce y nace el Niño, y más tarde será el recogimiento, cuando en las almas cunda más hondo el sentido de la celebración de

la fecha que anualmente conmueve a la Humanidad toda y a todos nos reúne y anima en el mismo maravilloso sentimiento de amor y fe.

El templo, decimos, es en ese día, más que nunca, la casa misma. En los de la ciudad, como en las iglesitas campesinas, hay rumor de oraciones y canto de campanas, y a cantar y a orar van las feligresías, loando al Dios recién nacido, que entre humos de incienso y cantos alegres de órgano y panderetas y silbidos de pájaros canoros, aparece radiante en su «misterio». La Misa del Gallo es también motivo de la limpia alegría de los fieles. Si el sacrificio santo purifica y entona las almas cada día, en esa noche admirable que tan excepcionalmente celebramos en olvido de rencilla y sinsabores para llegar a la unión más íntima de todos los afectos humanos el signo divino, se añade a nuestra entrega espiritual a la institución de Cristo esa consideración de sentirnos unidos sin re-





servas a nuestros semejantes sumando alegría a la alegría.

Ocurrió una vez en nuestra historia cercana que la calle siempre alegre en esa noche tan buena que otra no puede serlo más para los que vivimos en la fe de Cristo, que se llegó a confundir esa alegría sana y clara con el alboroto, e incluso con cualquier otra derivación que nos sumiese en el peligro de desvirtuar lo que era ya tradición de amor y fe hecha sonrisas, fuera incluso de nuestros hogares. Pero hoy han sabido encauzar espiritualmente ciertos alborotos que duelen por excesivos a los que sabemos comprender con exactitud los signos navideños. Así, pues, todo es ahora temperado, alegre y entrañable, expresión de la sociedad que canta y siente al unísono y unánime la divina conmemoración.

Infinidad de anécdotas de la diversión y la diversidad de esa alegría que en plena calle se registra año a año como hechos verdaderamente pintorescos de los que son protagonistas las gentes sencillas podrían relatarse, e infinitos también los hechos acontecidos en climas distintos de la sociedad al llegar la gran Noche de los cristianos que es ésta conmemorativa del suceso más portentoso de todos los siglos. Pero ni tenemos memoria para retenerlos ni superficie blanca en la que relatarlos. Bástenos a lector y escritor con la íntima evocación de cuanto en ocasiones distintas al llegar al calendario esta misma fecha fuimos testigos y así todos cada uno tendremos para nosotros el libro íntimo de nuestra Navidad.

Las calles de Madrid son especialmente alegres en estos días. Y más aún en la misma Nochebuena. Con fríos o con nieves, con el aire aterido parado en las iluminadas calles o con clima de bonanza en ellas, será difícil que llegue una Nochebuena en la que las gentes deserten de las calles. Los templos se llenan de fieles que acuden a la Misa del Gallo y hasta ellos llegan en riada mientras otros ríen y cantan en las calzadas cuando apenas se atisba la media noche. Hay cánticos y acompañamiento de panderas, sonajas y zambombas hasta la amanecida y en los puestos de las plazas Mayor y de la Provincia se comen los últimos turrónes y las grotescas figuras del toledano mazapán y se apuran las copas del fuerte anís de Chinchón o de los vinos generosos de Cariñena y Málaga.

Y ahora que hablamos de la plaza Mayor y de la de Provincia, al pie del filipense edificio del Ministerio, que la gente por extensión geográfica de este recinto urbano suele llamar de Santa Cruz, dediquemos unas letras a los niños, principales guardadores en estos días de ese gran tesoro espiritual que es la alegría. Desde muchos días antes de la Navidad van en incesante peregrinación a aquellos lugares de la ciudad, donde como por arte de magia se han multiplicado las figurillas de barro que representan a la Virgen y al Niño, al señor San José, a la mula, al buey, a la pastora y a la lavandera. Al ángel anunciador de la nueva dichosa, que oscila en lo alto de una palmera, y al pastor de las gachas o al hombrecillo de los pavos que se dirige presuroso al portal por caminos recovecos entre palmeras de papel pintado y sendas de serrín y de escarcha. Pero también hay entre esos barro entrañables el hombre abominable de la Navidad que se encarama soberbio y déspota sobre un almenar de papel recortado que es la terraza de su tenebroso castillo: Herodes. En contrapartida está la alegre caravana de los Santos Reyes, que baja por la cuesta con su escolta de servidores

vestidos con calzones marrón muy ceñidos y jubones de color rosa de Francia, amarillos o verde guisante. Para llegar a esta contemplación los niños y los grandes hemos llegado antes entre un doble flanco de escaparates rutilantes cruzados por el luciente espumillón de plata y colgado de mil globos distintos de colores diversos, y, entre todo, dulces o juguetes, sugestivos regalos adornados con ramitas de acebo, con su pequeño fruto rojo recién llegado de los altos pinares del Guadarrama. Todo es, en fin, alegre y maravilloso en un Madrid, y esta alegría que parte de las ilusiones demasiado humanas de los millones soñados de la Lotería a tres días vista de la conmemoración gloriosa, se prolongará hasta que los Reyes Magos hayan depositado sobre el alféizar muchas veces cuajado de nieve, de nuestras ventanas, el presente, que es recuerdo y signo de los que los admirados hombres de Belén depositaron a los pies de la cuna del Mesías con cantos de alabanza al Redentor del mundo.

Luego, la alegría trasciende al gran salón de la morada señorial en la celebración de muchas y muy brillantes fiestas, de las que Madrid especialmente cuenta con importantes ejemplos. Porque la gran cena de Nochebuena tiene su rito tanto en la choza del pastor y ante el vivo crepitar de la lumbré en el hogar aldeano como sobre las mesas cubiertas con manteles de fino hilo y servidas en vajilla de plata y en cristalerías de cantarín Baccarat. Es exactamente igual, aunque de momento parezca una apreciación hiperbólica, y tan sólo se diferencian en el modo y quizá en la selección de los manjares. Porque en este yantar jubiloso de las familias en fecha tan significada tanto monta la sopa de almendras como la sabrosa buyabesa mediterránea, y apenas hay diferencia entre el asado de cordero que nos llega succulento con los sabrosos sazonados de ala alta paramera, un poco pastoril en su sencillez, y el pato asado a la naranja que

llegó vivo a Madrid, engordado especialmente durante meses en el corral de la casa campera del prócer. Los típicos turrone y mazapanes y las almendras bañadas en las que se convirtieron las blancas nevadas florales de los bancales de la serranía de Alicante, son exactamente los mismos. Al menos en su esencia y significación tradicionales.

Por fin la alegría navideña que comenzó muchos días antes de la fecha señera se prolonga también, como decimos, hasta la del almuerzo de la Epifanía con el sorprendente roscón y desborda por último más allá de los hogares, en la cena de los Reyes Magos, especialmente celebrada en los grandes hoteles de Madrid, con copia de regalos espléndidos y baile hasta la madrugada.



B



E



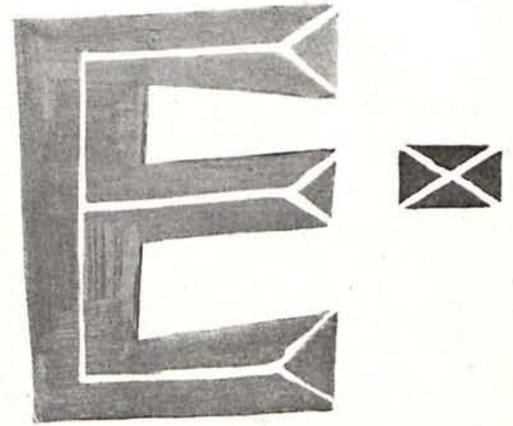
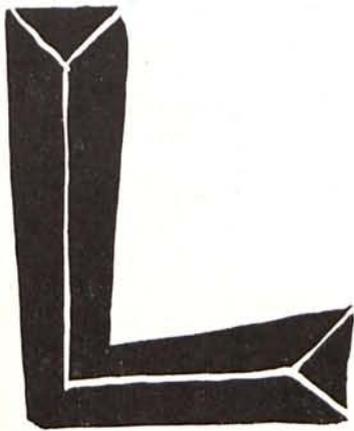
N



E

Por VICENTE CARREDANO

LA tradición de construir Nacimientos está muy arraigada en el pueblo madrileño. En estos días decembrinos, fríos y nostálgicos, afloran a la piel de la ciudad dos de sus cualidades más valiosas: su hondo sentido cristiano y su inquieta sensibilidad artística. Para los que vivimos en la capital de España existe en el mundo un trozo de geografía que, por conocida y amada, nos es entrañable. Un trozo mínimo y mágico, con prados de musgo, donde pastan los corderos del humilde barro; con caminos arenosos, andados por gentes de buena voluntad; con



ríos de estaño, en los que de vez en cuando se arraciman las lavanderas. Al fondo, montañas de cartón, nevadas de harina; sobre ellas, moviéndose guiadora, una estrella punteada y brillante. En primer plano, los tres Reyes Magos —el negro y los dos blancos— se acercan desde las lejanas tierras con sus presentes de oro, incienso y mirra. Y el Portal de Belén; y en él, entre una mula y un buey, las Sagradas Figuras del Misterio: estáticas, aureoladas, humildísimas, diciendo a los hombres cada año que, en cierta ocasión, Dios se hizo Niño, y que ese Niño

creció, y que en sus huesos y en su carne y en su corazón de hombre, sufrió por nosotros.

Esta buena costumbre de los madrileños de montar Belenes está tan introducida en la esencia del pueblo, que no puede considerarse exclusiva de ninguna de las llamadas «clases sociales». Yo he contemplado Nacimientos contruidos con figuras napolitanas de una gran riqueza artística. Y también he visto modestísimos Belenes donde la mano inocente del niño, jugando con burdas figuritas, produce una emoción absoluta. Quizá sea éste el símbolo



La portada de nuestra Revista y las fotografías de esta página corresponden al Nacimiento montado por el arquitecto don Luis M. Feduchy, quien gentilmente nos ha dado oportunidad de reproducirlas.

plástico, amoroso y cálido, de que Cristo no nació ni para los ricos ni para los pobres; nació para la salvación de todos los hombres.

Como es natural, en Madrid funciona una Asociación de Belenistas, cuyo quehacer consiste en incrementar la afición por los Nacimientos y velar por su pureza. Dada la eficaz labor realizada por esta Asociación, he querido traer a estas páginas a su asesor artístico, para que complete la información del reportaje.

El escultor Luis Buendía, que con los hermanos



Castell, de Barcelona, son las firmas españolas más conocidas en la construcción de Belenes artísticos. Frente a nosotros, su última obra: un bellissimo Nacimiento, montado para un centro de mesa.



—¿Quién construyó el primer Nacimiento?
—San Francisco de Asís, en Greccio, en 1223.
Era un Nacimiento viviente, salvo las figuras del
Misterio.

—¿Proceso histórico inmediatamente posterior?
—Los franciscanos continuaron el ejemplo de su
Santo... Algún tiempo después, los artistas se inte-
resan por los Nacimientos y comienzan a crear fi-
guras.

—¿Escuela famosa?
—La napolitana.
—¿Sus figuras?

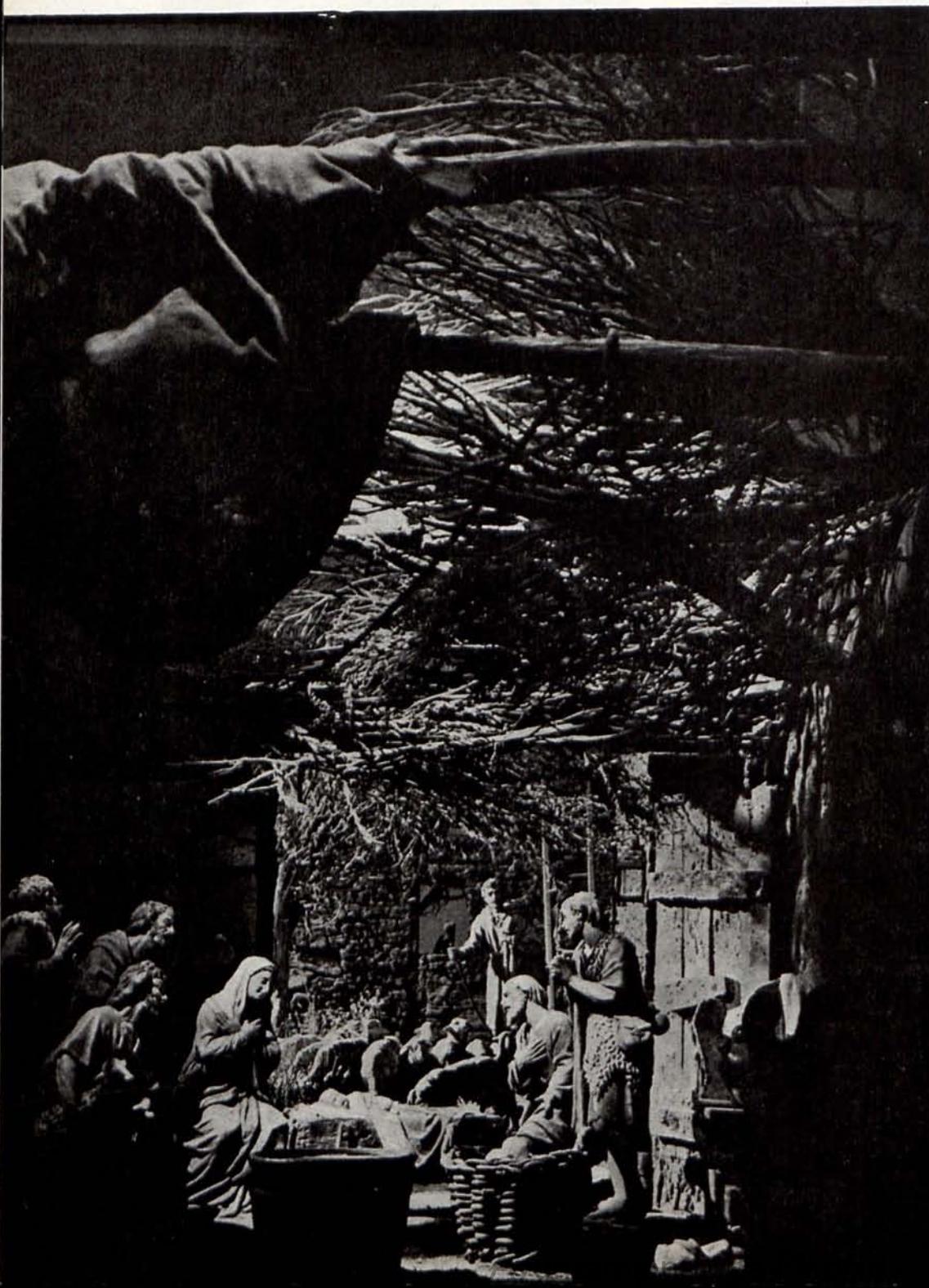
*Un detalle del Belén napolitano,
construido por don Javier Elizalde
en su residencia.*



—Son maniqués. Se cuida en ella sólo, como es lógico, la cara y las extremidades, pues van vestidas con telas.

—¿Cuál es la época artística más brillante del Nacimiento en España?

—El XVI y el XVII. Salzillo es la figura más importante; en su taller murciano trabajó mucho. También tienen un gran interés Amadeu, en Barcelona, y Montañés, Berruguete y la Roldana.



—¿Cuándo llega a España el Nacimiento napolitano?

—Con Carlos III, que monta, en el Buen Retiro, un taller para el que trajo escultores italianos. Aunque, al cabo de pocos años, las figuras construídas en dicho taller, eran de inspiración netamente española.

—¿En qué época nace entre nosotros la artesanía popular?

—En el siglo XIX. Hasta ahora, los mejores artesanos radicaban en Cataluña, Valencia y Granada. Actualmente, la fabricación de figuras se ha extendido por todo el país.

—¿Tipos de Nacimientos?

—El bíblico, construído con una fidelidad absoluta hacia la arquitectura, la topografía y la vegetación de los Lugares Santos, y a la indumentaria de aquella época. Y el popular, cuya manera de componerlo es arbitraria.

—¿Existen lo que podríamos llamar «Nacimientos Nacionales»?

—En el Nacimiento, el Misterio es lo único fundamental. Todo lo demás, resulta accesorio. Cada país lo monta con arreglo a sus características físicas y a su indumentaria.

—¿Existe algún elemento, fuera de las figuras, del Nacimiento que valere éste?

—La luz es importantísima.

—¿Cómo debe ser instalada?

—Conviene que la habitación donde se halle el Belén permanezca a oscuras durante la exposición, no recibiendo más luz que la dedicada exclusivamente a iluminarlo.

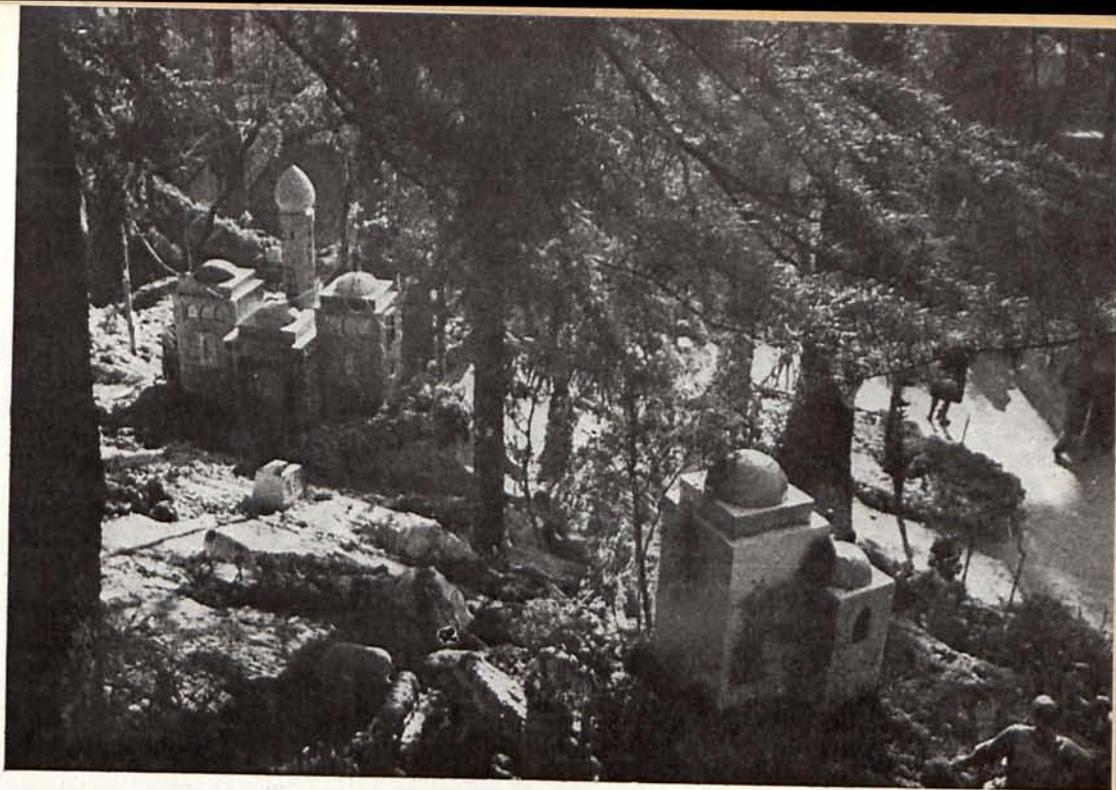
—Técnicamente, ¿cómo debe ser matizada?

—Debe haber en primer término, envuelto en suave penumbra, iluminado tan sólo por la luz procedente de la gruta. En segundo término, la claridad deberá aumentar extraordinariamente, para que puedan ser observados todos los detalles, y en un último plano, debe brillar con toda intensidad posible, simulando la luz solar e, incluso, si se puede, deberán producirse sensaciones de reverberación.

—Respecto a las figuras, deme un consejo clásico.

—Nunca deberán colocarse juntas, figuras de distintos tamaños; sobre todo si éstos son muy desproporcionados.

—¿Está satisfecho de la la-



Nacimiento montado en el Retiro utilizando la riqueza vegetal del famoso parque.





Todos los años el Ayuntamiento de Madrid instala un nacimiento en el patio de la Casa de la Villa. Sus figuras y su paisaje nos resultan tan familiares como a los muchísimos madrileños que lo visitan

bor realizada por la Asociación de Belenistas?

—Sí. Creo que hemos estimulado a las gentes en la construcción de Belenes. La prueba es que hoy se montan muchos más que hace unos años. Otro obje-

tivo importante que hemos logrado ha sido transformar la industria artesana de las figuras. Cada día se construyen mejor.

—¿Proyectos inmediatos de la Asociación?

—Este año, en la Casa Sindical montaremos un Nacimiento bíblico, dos populares y otro de figuras de trapo. Después iremos a París, donde se nos ha invitado, a construir uno en Saint-Severin.

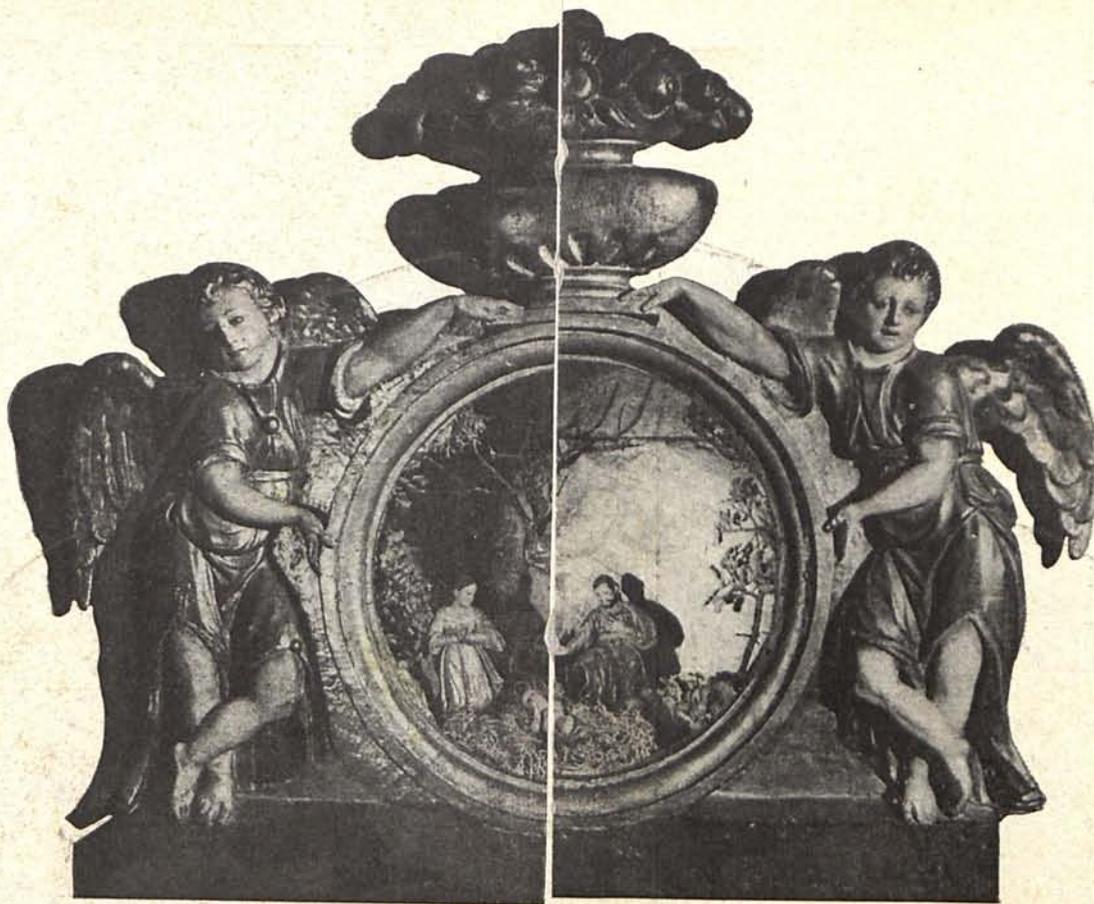
Dejo al escultor en su estudio dando los últimos toques a un Belén. Sobre una mesa, los primeros ejemplares de su magnífico libro, «Construcción de Nacimientos». Buendía contempla las figuras que va poniendo en los artificiales prados con mirada tierna y amorosa...

Fuera, en la alegría de Madrid, la Navidad pone un fervor ilusionado. Los niños sueñan fantasías de plata sobre paisajes de harina. Y los padres cantan, en la paz redonda de las zambombas, el canto de todos los hogares:

«Madre, en la calle hay un niño...»

En cuantos hogares tiene lugar esta escena cada año. Los ojos atónitos y dulces de los niños contemplan tiernamente el modesto Belén, montado en un rincón de la casa





VERSOS DE LA NAVIDAD

JUAN DEL ENCINA

ANDA ACA, PASTOR...

*Anda acá, pastor,
a ver al Redentor.*

Anda acá, Minguillo,
deja tu ganado,
toma el caramillo,
zurrón y cayado.
Vamos sin temor
a ver al Redentor.

No nos acerquemos
sin llevar presente;
mas ¿qué llevaremos?
Dí'o tú, Llorente.
¿Qué será lo mejor
para el Redentor?

Yo quiero llevarle
leche y mantequillas
y para abrigarle
a'gunas mantillas,
para ir con amor
a ver al Redentor.

Con aquel cabrito
de la cabra mocha
le daré un quesito
y una miga cocha,
que tendrá sabor,
sabor al Redentor.

SANTA TERESA DE JESUS

PUES QUE LA ESTRELLA...

*Pues que la estrella
es ya llegada,
vaya con los Reyes
la mi manada.*

Vamos todos juntos
a ver al Mesías,
que vemos cumplidas
ya las profecías;
pues en nuestros días
es ya llegada,
vaya con los Reyes
la mi manada.

Llevémosles dones
de grande va'or,
pues vienen los Reyes
con tan gran hervor.
Alégrese hoy
nuestra gran Zagala,
vaya con los Reyes
la mi manada.





BAUPTISMO E INFANCIA DE CRISTO.—Anónimo flamenco. Obra de un pintor de Amberes, hacia 1520. (Museo del Prado. Legado Pablo de Escobar).
Ayuntamiento de Madrid

LETRILLA DE LA VIRGEN

*Cuando venga, ¡ay!, yo no sé
con qué le envolveré yo,
con qué.*

*¡Ay!, dímelo tú, la luna,
cuando en tus brazos de hechizo
tomas a' rob'e macizo
y lo acunas en tu cuna.
Dímelo, que no lo sé,
con qué le tocaré yo,
con qué.*

*¡Ay!, díme'lo tú, la brisa,
que con tus besos tan leves
la hoja más a'ta remueves,
peinas la pluma más lisa.
Díme'o y no lo diré,
con qué le besaré yo,
con qué.*

*Y ahora que me acordaba,
ángel del Señor, de Ti,
dímelo, pues recibí
tu mensaje: «He aquí la esclava».
Sí, díme'lo por tu fe,
con qué le abrazaré yo,
con qué.*

*O díme'o tú, si no,
si es que lo sabes, José,
y yo te obedeceré,
que soy una niña yo,
con qué manos le tendré,
que no se me rompa, no,
con qué.*

CANCIONES

*Deja en su sueño a' ganado
que nube cándida fué,
pastor que sientes el pie
al son del gozo bailado;
si el cielo está deshojado
sobre el heno bienhechor,
¿cómo no venís, pastor?*

*Si canta la nieve herida
donde el corazón sesteja;
si todo un Dios se recrea
sobre la paja encendida;
si está en Belén detenida
la luz de la estrella errante,
¿cómo no venís, amante?*

*¿Cómo no venís, si llegan
las aguas a la garganta,
las aguas que e' mar levanta
y en su cuna se sosiegan?
Si al verle los ojos ciegan
y sólo el cielo es testigo;
¿cómo no venís, amigo?*

VILLANCICO DE LA ESTRELLA

*Por Oriente viene,
por Oriente va...*

*Rosa de la noche,
lirio de cristal,
la Estrella florece
en la inmensidad.*

*La Estrella iumina
la noche de paz.
Duerme entre sus brazos
Belén de Judá.*

*Por Oriente viene,
por Oriente va...*

*Felices los ojos
que la ven posar
sobre el cobertizo
de un pobre Porta'.*

*Un niño entre pajas
ha nacido ya.
Pastores y Reyes
le van a adorar.*

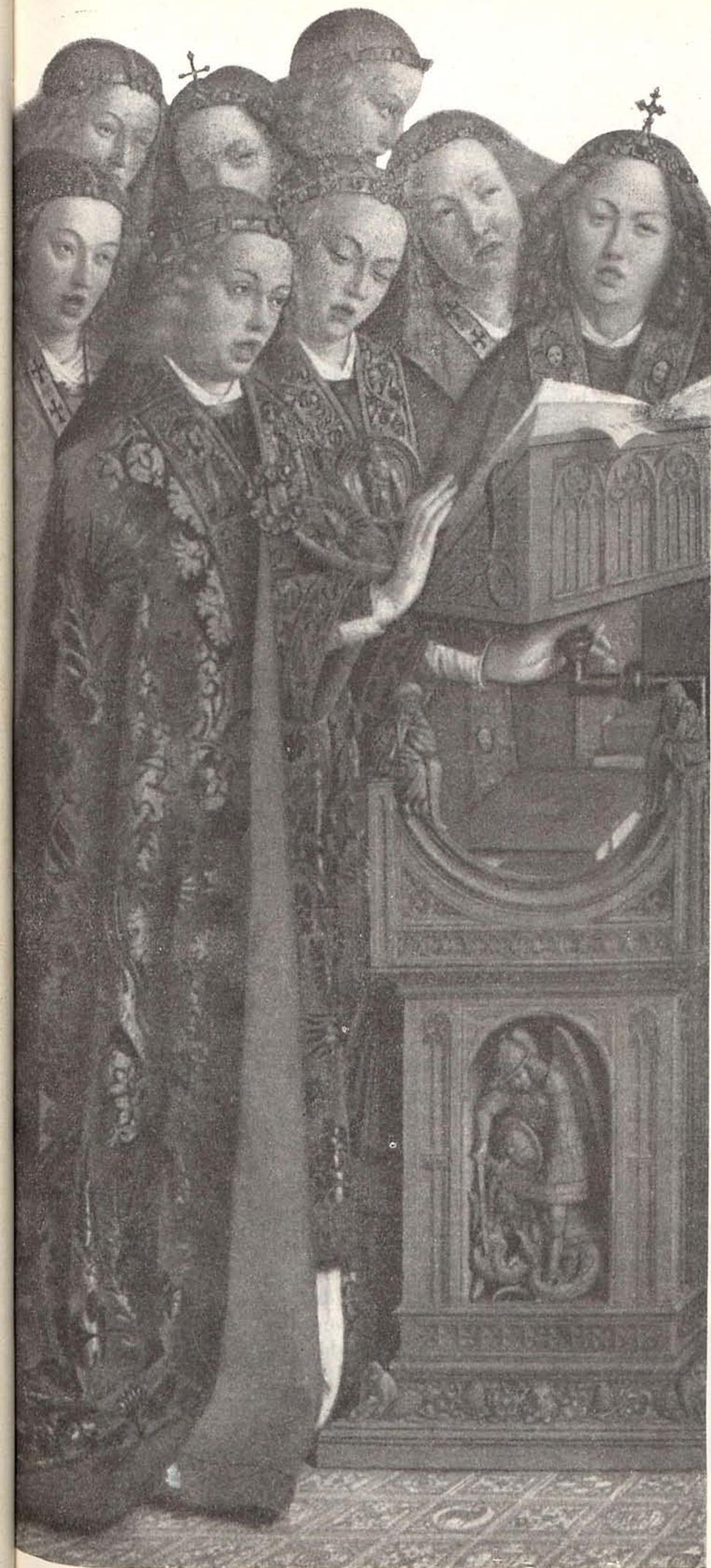
*Por Oriente viene,
por Oriente va...*

*Estrella divina,
ojo celestial,
ábreme los míos
a tu claridad.*

*Llévanme tus rayos,
perlas de maná.
Seas de mi noche
venturoso imán.*

*Pues de Oriente vienes
y al Oriente vas...*





La MUSICA EN LA NAVIDAD

El *villancico*

NO se oía por todas las montañas otra cosa sino canciones de alegría a la Natividad del Divino Profeta».

Esta afirmación que el Fénix de los Ingenios pone en labios de un rústico en su obra inefable «Pastores de Belén», responde exactamente a lo que sucede en el mundo, en España, en nuestra amada Villa, en los días gozosos de la Navidad, cuando la Liturgia de la Iglesia conmemora el Misterio de la Redención, reptiendo con el Salmista: «Vieron todos los confines de la tierra la salvación de nuestro Dios. ¡Cante a Dios toda la tierra. Aleluya, Aleluya...!»

Y, antes que el Salmista, la Iglesia y los clásicos, en la noche luminosa del Nacimiento del Verbo, cuando el mundo ignoraba todavía el milagro de Belén, los mismos cielos se abrieron para cantar: «¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra...!»

Navidad sin canciones no es Navidad; Navidad sin alegría no es Navidad cristiana. Otras solemnidades tienen carismas distintos, pero la del veinticinco de diciembre, es tierna y jubilosa.

¡Qué bien ha asimilado la Humanidad este sentir de la Iglesia!



Si en la Literatura se encuentran páginas inestimables destinadas a glosar el Nacimiento de Cristo, ¿qué decir de la proyección musical de estas fiestas en las que desde el popular villancico al inspirado y complejo Oratorio, no ha quedado un solo género musical ajeno a tan grande suceso?

Latitudes, épocas y estilos diferentes han marcado su impronta estética en estas creaciones navideñas, que llenan el corazón de gozo, arrullándole con sus melodías, que en esa fecha tienen resonancias muy hondas cargadas de recuerdos y nostalgias.

Nuestra patria posee la más rica y nutrida antología de villancicos navideños, característicos, según las distintas regiones y saturados todos, de la más honda expresividad lírica.

Aunque de un modo general, se entiende por villancico, la última manifestación de este género, en su calidad de canción de Navidad, aquellas páginas representaron en el Siglo de Oro de la Polifonía, un hallazgo inédito de la música cortesana, cultivada entre las clases nobles y refinadas de Italia, Francia o Inglaterra.

Mas hoy día, al hablar de villancicos, parece que nos referimos exclusivamente a los de tema religioso que se cantan en la Iglesia o en la intimidad del hogar en los días santos de la Natividad.

Concretamente en Madrid, la Nochebuena, no tiene más repercusión filarmónica que la de la Misa gozosa de media noche, cuyos motetes se inspiran en la savia popular o en el canto llano litúrgico y el villancico tradicional, tiernamente evocador, que de generación en generación viene repitiéndose desde siglos como un eco ininterrumpido desde que por primera vez los hombres celebraron la venida del Redentor.

No es fiesta callejera la de Navidad; suenan a veces los panderos y las zambombas de los rondadores, pero es que van de camino pidiendo el aguinaldo. Vendrá luego la noche vieja —carnavalada absurda para algunos, fiesta social y extralogaña para otros—, pero la Nochebuena Será siempre la fiesta de la intimidad, de la ternura, del gozo inocente y puro.

Junto al Belén de graciosas y anacrónicas figurillas de barro todos se sienten un poco niños. La pandereta en manos del abuelo, se transforma en instrumento casi ritual: él como nadie sabe hacerla vibrar deslizándose sus dedos por la piel tirante o golpeándola valiente contra su cabeza, cubierta ya de nieve, contra el codo en ademán viril o contra sus aún firmes rodillas; toca la zambomba el más joven, y su sonido áspero y seco, surge potente al frote caliente y rítmico de su mano cerrada empuñando el junco y las castañuelas de boj o de granadillo, acompañan su tañer a la melodía que se

canta o que se baila... «En Belén tocan a fuego, del portal sale una llama, es una estrella del cielo, que ha caído entre la paja. ¡Ay amor... amor...! Fiesta de intimidad, cordialmente espontánea, en la que todo es improvisación gozosa y dulce y generosa entrega.

Del Cancionero de Upsala, descubierto en la Universidad de aquella ciudad, por Mitjana, embajador de España en Suecia, conserva nuestra patria sus primeros villancicos: ecos inefables de la lírica primitiva medieval, rebosantes de fresca ingenuidad, que aún sus mismos textos trascienden, como aquella estrofa del poeta favorito de Isabel la Católica, Fray Ambrosio Montesino:

No la debemos dormir
la noche santa.
No la debemos dormir.
La Virgen a solas piensa
¿Qué hará?
Cuando al Rey de luz inmenso parirá.
Si de su divina esencia temblará.
¿O qué le podrá decir?
No la debemos dormir
la noche santa.
No la debemos dormir.



La representación de la Navidad como espectáculo dramático-musical en las catedrales de la Edad Media, fué origen del Oratorio que en Europa alcanzó cimas geniales personificadas en Bach, Haendel...

Son también numerosas las obras sinfónicas como el «Concierto de Navidad» de Corelli, o pianísticas, como el «Sueño de la Virgen» de Massenet y «Las Miradas de Jesús» de Messiaen, pero la Nochebuena, salvo algún concierto escogido, como los celebrados en el Ateneo madrileño —¡inolvidables ciclos plenos de interés!—, no tiene en la Villa otro esplendor musical que el de las Misas

de Pastorella, de sus templos y los villancicos, que en el salón de estilo, en el sencillo cuarto de estar o en la chabola del suburbio, irrumpe jubiloso hermanando los corazones en un mismo sentir, «dejando las canciones humanas aunque honestas sean», como pedía Cloris, protagonista de Lope de Vega, para no cantar sino a la gloria del Niño-Dios.

J. ESPINOS ORLANDO

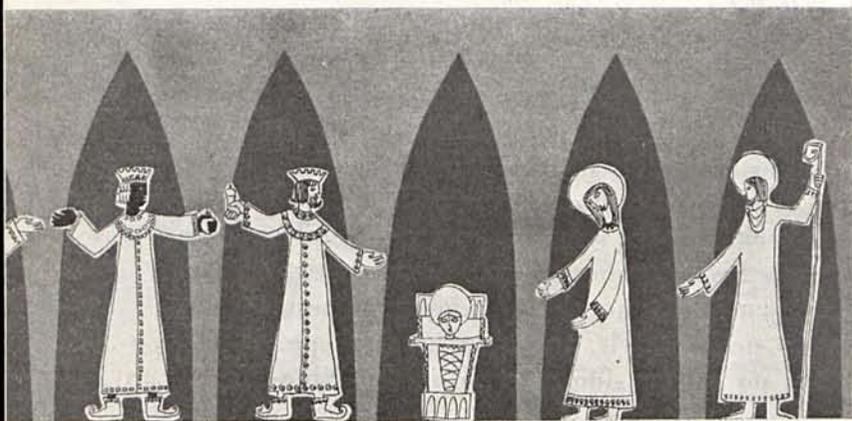
Estribillo

No la de - ve - mos dor - mir la no - che
sanc - ta , no la de - ve - mos dor - mir.
Coplas.
La Vir - gen a so - las pien - sa qué ha - rá.

EL TEATRO

EN LA

NAVIDAD



Por GUSTAVO PEREZ PUIG

”**L**A Liturgia Católica, afirma Eduardo Juliá, tenía un germen dramático en sí misma, que fácilmente había de ampliarse al tomar la definitiva estructura propia para la representación». Si esto resulta cierto, en líneas generales, lo es más al tratarse del pueblo español, de honda savia dramática.

Como afirma Sainz de Robles «El primer balbuceo conocido en la escena de Castilla es un sumando en el gran concierto polifónico medieval, de la unidad teatral religiosa europea.» Sabemos que la primera manifestación dramática en este sentido la encontramos desde fines del siglo IX en los *tropos dialogados* que se interpolaban en los responsorios del Oficio Divino.

Casi insensiblemente los tropos de Navidad y de Pascua se convirtieron en los Oficios Dramáticos de «Los Pastores» y del «Sepulcro». Evolucionó inmediatamente este ciclo en tres fases fundamentales: El drama litúrgico, los juegos o representaciones escolares, y las piezas escritas ya en lengua vulgar.

El teatro religioso desembocó en dos ciclos perfectamente diferenciados: el de Navidad y el de La Pascua.

El Ciclo Navideño lo formaban principalmente el «Drama de la Adoración de los pastores», el «De los Santos Inocentes» y «La Adoración de los Reyes Magos». A fines del siglo XII y a lo largo de todo el siglo XIII los *Juegos Escolares* rivalizaron con el teatro Religioso anteriormente citado y fué tal la acogida que el pueblo les dispensó, que hubieron de abandonar el templo para representarlos al aire libre. Con ello pudo introducirse en el texto una serie de libertades que sirvieron para dar forma popular a estas representaciones dramáticas, que inmediatamente adoptaron la lengua vulgar para que fueran fácilmente comprendidos por el pueblo.

En dicha lengua la única obra importante que tenemos es el Auto de los Reyes Magos. Consta de un fragmento de 147 versos distribuidos en cinco escenas. Su redacción primitiva puede fijarse hacia mediados del siglo XIII descubierto en la Biblioteca de la Catedral de Toledo por el canónigo D. Felipe Fernández Vallejo, hacia el año 1785.

Aunque el original sea, probablemente, menos de la mitad de lo que pudo ser la obra completa, es un auténtico monumento de nuestra literatura. El diálogo,

muy suelto, apunta toques realistas y es realmente encantador. Aparece ya en él la «Ofrenda», uno de los elementos típicos de las representaciones navideñas:

«Oro, mirra et encenso a el ofreceremos
Si fuere rey de tierra — el oro querrá;
Si fuere home mortal — la mirra tomará
Si rey celestial, estos dos dexará.
Tomará el encenso que'l pertencerá.»

El argumento se reduce a comentar el relato de San Mateo: Los magos han visto la Estrella y guiados por ella coinciden para emprender el viaje a Belén. Al llegar a Jerusalén y habiendo perdido la orientación de la estrella recurren a Herodes para que les indique el lugar donde ha nacido el nuevo rey. Herodes convoca secretamente a los sabios de Israel para que le digan cuanto contengan las Escrituras relacionado con dicho acontecimiento. Con la discusión de los rabinos termina el fragmento.

En el siglo XIV es interesante la aportación del Teatro Catalán con *El Misteri de Sant Esteve* de la Catedral de Gerona. En el siglo XV es interesantísima la Representación del Nacimiento de Nuestro Señor, de Gómez Manrique. Fué escrita, como se sabe, para el Monasterio de Calabazanos (Palencia), donde estaba su hermana María Manrique. Tiene por asunto el Nacimiento de Jesús y la adoración de los Pastores. Según afirma Hurtado y Palencia «Está trazado con la sencillez del drama litúrgico y sin la irreverencia de los Misterios Franceses».

Es obligado citar a Lope de Vega, de cuya novela pastoril «*Pastores de Belén*», hizo una adaptación teatral José María Rincón, que fué representada por el Teatro Popular bajo el patrocinio de la Excm. Diputación provincial de Madrid en los pueblos cabeza de partido con una gran acogida popular. Dicha adaptación incluyó en su forma dramática algunos fragmentos del Auto de los Reyes Magos, ya citado. Del mismo Lope de Vega no podemos olvidar la comedia en tres





jornadas titulada «El Nacimiento de Cristo», obra de técnica y de estructura semejante a la de los Autos. Fronterizo con este teatro puede citarse el grupo de villancicos que escribieron todos los autores de nuestro Siglo de Oro, de los cua's hay una abundantísima colección en el tomo 35 de la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra, recogidos por don Justo de Sancha.

Publicamos las primeras estrofas de un villancico del siglo XVI, original de Valdivielso, que dice así:

Al parto de la zagala
treinta zagaes vinieron
y bailaron y tañeron;
Pero Antón llevó la gala
Trajo un salyerío Pascual,
un caramillo Llorente,
una bandurria Clemente
Y una flauta Font Carral.
Y en el portal bailó Antón
el «dongolondrón».
Y Blas, gañán,
la cebolla con el pan.
Y Cantueso, el rabanico con queso.
Gil en todo se señala.
Pero Antón llevó la gala
Antón con gracioso aliño.

con el pellico abrigó
al Niño, que pareció
un clavel entre un armiño...

Cataluña celebra las Fiestas de Navidad con la representación de Los Pastorets. Estas obras de sencillo encanto vernáculo están formadas por tres elementos casi inalterables: a) un misterio religioso en el que se escenifica la boda de la Virgen, la Anunciación, la Visita del ángel a los pastores y como apoteosis final el Portal de Belén con la Adoración del pueblo.

b) Las maniobras infernales de Satanás y los diablos para impedir que los pastores lleguen a Belén. Naturalmente resultan vencidos por los ángeles

c) La Presencia del pueblo y los pastores camino de Belén.

La Colección Selecta ha publicado una Antología de Pastorets realizada por Rosendo Llates, en el que figuran obras de Miguel Enrich, Joaquín Ruyra, Ferran (unos «Pastorells mallorquines» deliciosos). Con estas obras se mantiene la tradición del Teatro Navideño que forma una de los elementos fundamentales de estas fiestas en esta entrañable región de España.

RECTIFICACION.— El artículo «Porcelanas del Retiro», publicado en el número anterior, aparece por error firmado por María Dinares Herrera en lugar de María Luisa Herrera, conservadora del Museo Arqueológico

NOCHEBUENA EN LA CARRETERA

(CUENTO DE PASCUA)

Por W. FERNANDEZ FLOREZ

EL matrimonio Pagés había aceptado una invitación de los señores de Etorriaga para pasar la Nochebuena en su casa de campo, separada de la ciudad por sesenta kilómetros. Pero sesenta kilómetros no son nada si se posee un automóvil tan bueno como el de Ladislao Pagés. Anocheció cuando abandonaron la población. Pagés guiaba. Detrás de él, envuelta hasta los ojos en su gabán de pieles, se había acomodado Laura, su mujer, y el hijo mayor de los Etorriaga —doce años inquietos—, al que habían recogido en el internado de un colegio para llevarlo a pasar las breves vacaciones con sus padres. Los pies de la mujer y los del niño descansaban sobre una caja de botellas de champaña y varios paquetes de golosinas se acumulaban en el asiento contigo al de Ladislao. Los primeros minutos de marcha no fueron muy agradables. Había costado grandes esfuerzos impedir que el pequeño Gonzalo, obstinado en abrir la ventanilla, dejase de dar vueltas al manubrio colocado cerca de él, en la portezuela; y después, sus ataques de curiosidad desenfrenada y de gula incontenible dirigidos a las cajitas de cartón hicieron preciso que la señora de Pagés lo sujetase. Calmado el chiquillo, Laura dirigió a su esposo diferentes reproches. Había olvidado completamente que la culpa del retraso no era de nadie más que de ella, y censuró con acritud la idea de aventurarse a tales horas por las carreteras, recordando a Ladislao que nunca le había gustado viajar de noche, y pasando revista a todos los Percances que habían ocurrido por análoga temeridad. Su esposo contestaba con frases breves:

—No hay cuidado... El camino está bueno... Todo irá bien...

Y cuando Laura empezaba a increparle con excesiva dureza, hacía sonar la bocina insistentemente, aunque no hubiese razón alguna para ello. Era un procedimiento que procuraba bastante alivio a aquel hombre tímido y resignado. Atribuía

significado a los sonos de la bocina y la hacía gritar todo lo que él no se atrevía ni a insinuar con sus propias palabras.

—¡No corras! Prohibió Laura. ¿Nos quieres matar?

—No corro.

—Que no pase de treinta.

—Bien.

Y arrancó a la bocina seis ronquidos que querían decir: «Mi mu-jer es ton-ta.» Por fin, adormecida por el zumbido del motor, Laura enmudeció y el viaje continuó apaciblemente. El camino estaba desierto: ni «autos», ni carros, ni peatones; en aquel día frío y húmedo la solemne fiesta tradicional retenía en los poblados a todos los habitantes frecuentadores de la carretera. Treinta y cinco kilómetros habían sido recorridos; el coche subió ligeramente la larga cuesta que terminaba en el alto del Pino. De pronto, la marcha disminuyó, produjéronse en el motor unos ruidos extraños. Después, el automóvil se detuvo.

—¿Qué sucede?

Pagés no contestó; gruñía algunas frases violentas. Manióbró en las palancas, saltó a la carretera, puso los brazos en jarras y dió un largo resoplido.

—Pero, ¿qué ocurre? —insistió Laurita.

Ladislao tenía ya la cabeza hundida bajo la cubierta del motor. Rebuscaba, miraba y tocaba aquí y allá. Tardó algunos minutos en reaparecer junto a la portezuela para denunciar con voz iracunda y entristecida a un tiempo:

—Ocurre que no podemos seguir.

—¿Una avería irreparable?

—Una avería del diablo. A ver qué se hace ahora.

—¡Si hubieses traído al chófer! —gritó Laura.

—Como no trajese un taller de reparaciones, con forja y todo, de nada nos serviría.

Laura comenzó a gemir y a protestar contra la suerte que le había deparado aquel coche y aquel marido. Dió



algunas vueltas alrededor del «auto», contemplándolo como si estuviese muerto, y se refugió nuevamente en el interior, porque el viento corría por aquellos parajes frío y rudo, estremeciendo el agua turbia de los charcos. Ladislao se acogió también al amparo del vehículo, ofreciéndose a sí mismo y a su mujer esta esperanza:

—Quizá pase algún coche...

Pero el tiempo transcurrió sin que nadie apareciese; una hora, y dos... La carretera, mientras los focos la alumbraron, se mostraba en impresionante soledad. La noche era densamente oscura, cargada de nubes. Las ráfagas se lanzaban en ataques sucesivos contra el «auto» y silbaban en sus resquicios. Laura ya no se atrevía a reñir. Suspiraba de cuando en cuando.

—¡Hermosa Nochebuena! ¡Linda, linda!

Y el camino siempre desierto, con el temeroso precipicio a la izquierda y a la derecha la montaña, cortada en una sección blanca y lisa como si fuese un queso de San Simón.

Habían dado ya las diez de la noche cuando un rostro humano fué mostrándose poco a poco, rozando el vidrio de una de las ventanillas. Tan inesperada y silenciosa fué la aparición, que la mujer no pudo evitar un grito de espanto. El señor Pagés abrió la portezuela. De pie, junto a ella, estaba un sujeto de escasa estatura, tocado con calañés y embozado en una manta multicolor; unos quevedos oprimían fuertemente la punta de su nariz, lo que le obligaba a hablar con el mismo tono que si estuviese constipado. Inclínose para curiosar en el coche, y antes que la mirada de sus pequeños ojos, irritados por el viento y el frío, entró por la portezuela el cañón de un fusil.

—Buenas noches —deseó el recién llegado—. ¿Se ha estropeado este chisme?

—Sí —contestó presurosamente Pagés—. ¿Sabe usted de alguien por aquí cerca que tenga un caballo y quiera ir a avisar al pueblo?

—No; no sé.

—¿Podríamos recogerlos en alguna casa?

—No; no hay casas.

—¿Es usted guarda?

—Según lo que se trata de guardar. Y usted, ¿es un civil?

—Soy el almacenista Pagés.

—Yo soy el «Gusanillo».

Al oír el nombre del famoso bandolero, tan traído y llevado por los periódicos, Ladislao se encorvó bruscamente como si le hubiesen dado un golpe en el estómago, y Laura comenzó a rezar con la misma prisa que si no creyese poder acabar con vida el primer padre-nuestro. El bandido siguió:

—Les he estado ovendo desde hace más de una hora, y al fin me dije: «Vamos a saber si esa gente piensa pasar la Nochebuena en la carretera.» Pero... ¡vaya frío, eh! Con permiso de ustedes...

Entró, sentóse en una de las banquetas, con el fusil entre los muslos, y cerró la portezuela.

—Aquí se está como en un salón. No se apure usted, señora —añadió al oír que Laura exhalaba un gemido—, que una noche en la carretera pasa tan pronto como en la ciudad, y aquí estoy yo para ayudarles a matar el tiempo. ¿Qué es esto? —preguntó golpeando la caja de botellas.

—Champaña —maulló Pagés.

Y sin esperar más abrió la caja y descorchó uno de los panzudos recipientes.

—¡Vaya por Dios! Eso es lo que se llama ser prevenido —alabó el intruso.

—Estoy muy contento de haberlos hallado —explicó— porque no sabía dónde ni cómo solemnizar la fiesta de hoy. Se podrá decir de mí lo que se quiera, pero nadie me culpará de haber dejado de cenar fuerte en una noche tan señalada. Pensaba ir a casa del recaudador de contribuciones de la villa, pero tiene muchos chiquillos, y... ya se sabe... ¡son tan molestos! ¡Ea, señora, un trago! Y usted ¿por qué no bebe, señor mío? ¿Es que no hay nada comestible en el coche?

Pagés le ofreció las confituras. Fué imposible resistirse a la orden de trasegar el champaña, del que cada cual tuvo que llevarse a los labios con cierta frecuencia una botella. Hasta el niño de los Etorriaga bebía, y no era el que ponía en ello menor complacencia.

—No hay nada como las fiestas de familia —excla-



mó el «Gusanillo», después de un sobresalto provocado por los gases del vino, que al dilatar su nariz hicieron oscilar los lentes—. Civilizan una enormidad. Pero aquí falta alegría... ¿Nadie sabe cantar?

—No —dolióse el señor Pagés.

—A ver si yo me acuerdo... —ofreció el bandido, y se dió ánimos con varios sorbos copiosos.

Luego, rasgueando en el cañón del fusil como en una guitarra, comenzó a lanzar trémolos y jipíos, e inclinándose casi hasta rozar con su cara la del señor Pagés, cantó una copla, en la que decía, poco más o menos, que su madre había matado de un disgusto a su padre y que su propio nacimiento tuviera mucho que ver en todo aquello. Pero se interrumpió para decir:

—¡Hay que acompañar, hay que jalear al que canta! Si no, es una sosera. Usted, señora, cuando yo lle-

gue a esto de «mi madre mató a mi padre del disgusto que le dió...», diga usted: «¡Olé!» Vamos, otra vez.

—¡Olé! —sollozó Laura en el momento oportuno.

—¡Más fuerte!

—¡Olé!

—Como no beba usted más, no se le quita esa «asaura» en toda la noche. Dió el ejemplo abriendo otra botella.

—¡Esta ronda es mía! —afirmó—. Tenga usted, señor Pajas.

Y puso una peseta en la mano del almacenista, que se resistió a tomarla.

—¡Cójala usted, le digo! El «Gusanillo» también puede convidar; una noche es una noche.

Después cantó otra copla; luego se le ocurrió bailar con Laura unas sevillanas, y, quieras que no, la hizo saltar en la carretera. El chico de los Etorriaga,



que estaba ya a medios pelos, brincó, sin ninguna invitación especial, a la luz de los faros.

A las tres de la madrugada las botellas estaban vacías. El bandido decretó:

—Ahora, cada mochuelo a su olivo. Y felices Pascuas. Hace mucho tiempo que no había pasado una noche tan edificante.

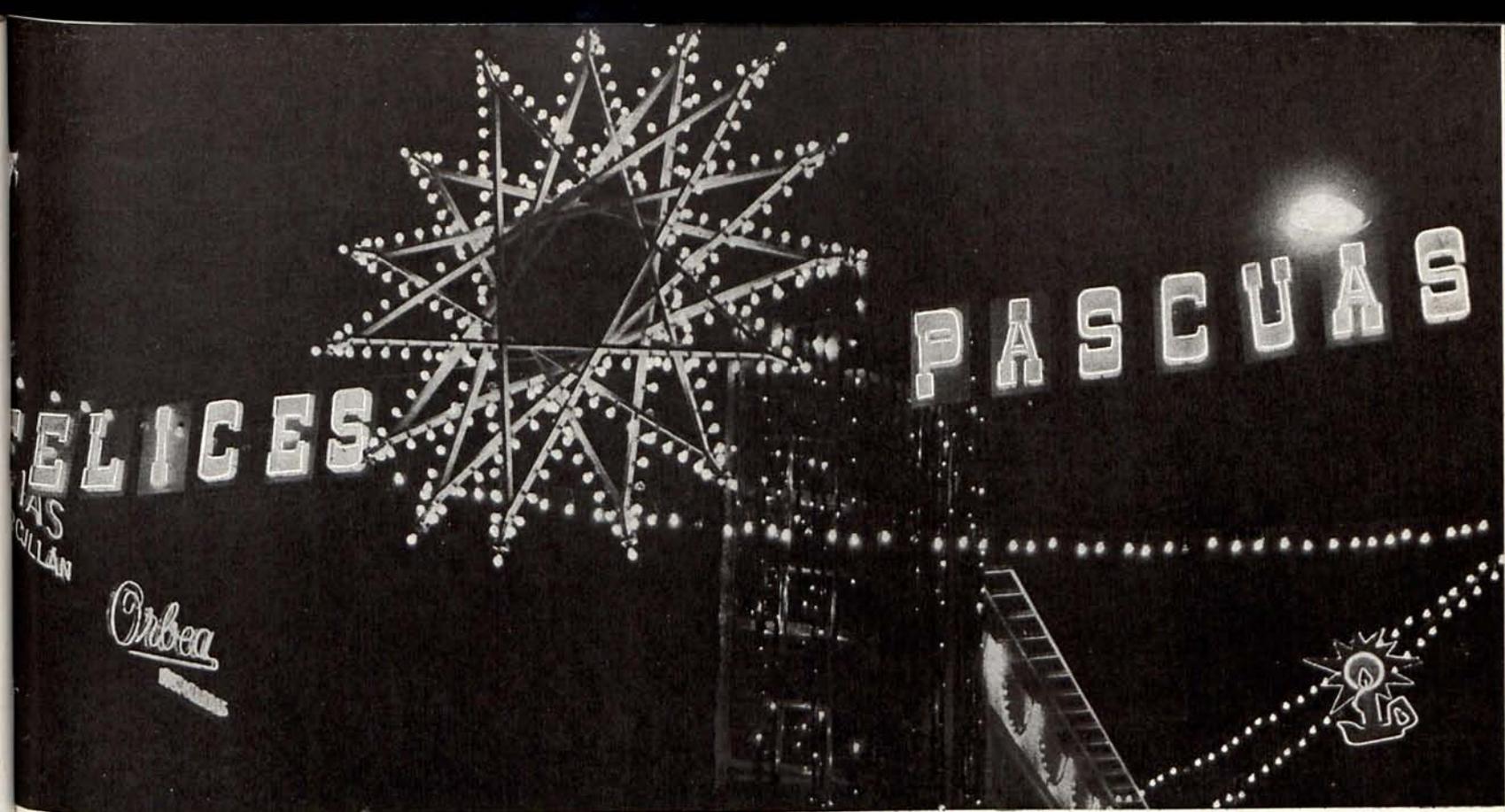
Se embozó en la manta y perdióse en la oscuridad.

Sus pasos vacilaban un poco. Al comenzar la subida entre las breñas se detuvo un segundo para decirse a sí mismo:

—Verdaderamente, como la vida del hogar no hay nada.

(DIBUJOS DE TEODORO DELGADO)





LA NAVIDAD EN LA CALLE



La calle es la cara de las ciudades. Y, como consecuencia, su expresión anímica. Bien sé que en la misma ciudad hay calles anchas y hermosas y otras pequeñas y esquinadas; pero la configuración urbanística no es esencialmente la calle, sino parte de ella. La Calle, así, con mayúscula, es otra cosa, o mejor, otras muchas cosas: los mil ruidos vecinales que a ella vierten, el ritmo





rodado de la calzada, el júbilo de los saludos y de los «adioses», el murmullo de las gentes que la pasean, la posible sombra de los árboles, o la sensitiva garra de sus escaparates.



Pues bien, la calle de Madrid, que durante todo el año es alegre, abigarrada, de luz purísima, adquiere los días navideños entrañable colorido. Los puestos de muñecos, de juguetes, de globos, de esas mil cosas inverosímiles, dan a la calle de nuestra ciudad el calor de algo que es nostálgico y renovado, de algo muy bello y querido: nuestra fe en Aquel que nació por estos días.





LA fiesta gozosa de la Natividad del Señor es celebrada cada año con entusiasmo y devoción por el Ayuntamiento de Madrid. La Capital que vivió otras Navidades trágicas vibra hoy en estas otras que bajo la paz de Franco desliza su calma dichosa para todos los hombres de buena voluntad. A los pies de El Niño, los niños siguen siendo los protagonistas de estas fechas y todos nos volvemos un poco infantiles para acompañar su júbilo que es el sin par y eterno júbilo de la Nochebuena. Como en las páginas de un álbum, «Villa de Madrid» quiere ofrecer a sus lectores una recopilación de las Navidades en el Ayuntamiento de Madrid, un poco como recuerdo y otro poco como homenaje.



1



3



4



2

1

El señor Soler y Díaz Guñjarro entrega ropas de abrigo a los necesitados del Distrito del Centro

2

En la calle del Codo existe un convento de clausura de las Madres Bernardas, que también ha recibido estos días de Pascua un presente de la Tenencia de Alcaldía del Distrito

3

El señor Campos Pareja, Teniente de Alcalde del popularísimo Distrito de La Latina, en el acto de entrega de comestibles y donativos en metálico, con motivo de las Fiestas de Navidad

4

Don Justo Uslé Trueba, auxiliado por el personal de su Tenencia de Alcaldía, reparte bolsas de víveres a los necesitados de su Distrito

5

Momento en que son bendecidas las canastillas que tradicionalmente reparte todos los años el Ayuntamiento de Madrid. El acto tuvo lugar en uno de los salones de la Casa de la Villa, en presencia del Excmo. Sr. Alcalde, conde de Mayalde, y del Teniente de Alcalde del Distrito del Centro, señor Soier y Díaz de Guijarro



5

6

Ante el Nacimiento instalado por el Ayuntamiento en uno de los patios de la Casa de la Villa, niñas y niños de Madrid, vestidos de pastores, cantan villancicos al Divino Niño



7

7

Unos, ataviados con el bucólico traje de pastor y otros vistiendo el uniforme estudiantil, las niñas y niños que han visitado el Nacimiento de la Casa de la Villa, se disponen a cantar Villancicos

8

Las niñas y los niños de Madrid, bailan al son de las panderetas ante el Divino Portal, instalado en la Casa de la Villa

6



8



Ay



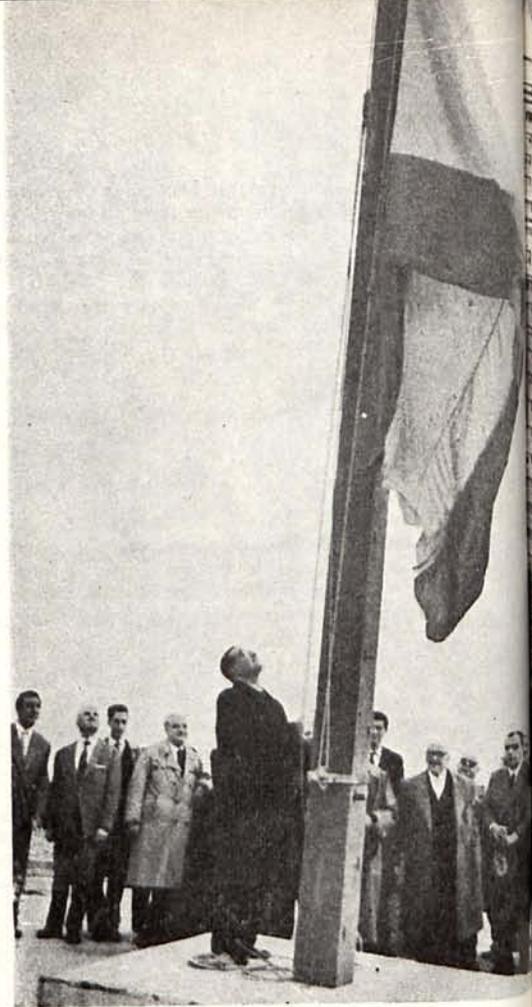
El Ayuntamiento de Madrid ofreció una comida a los participantes en el Congreso Internacional de Agencias de Viaje. El Alcalde, dirigiendo la palabra a sus invitados.



El primer teniente de Alcalde, señor Soler Díaz-Guijarro, en representación del Excmo. Sr. Conde de Mayalde, en el acto de descubrir una lápida en la casa donde vivió el ilustre escritor don Luis Araujo Costa.

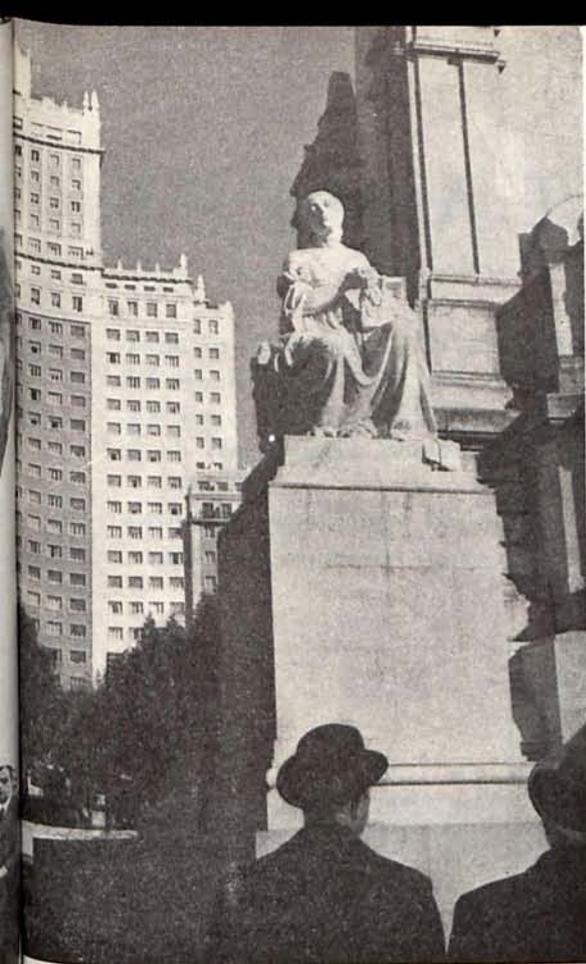


El Conde de Mayalde, conversa animadamente con Mr. John Paul Paine, destacado hispanista norteamericano, que fué a cumplimentarle.



El teniente de Alcalde, Sr. Soler Díaz-Guijarro, iza la bandera en la última planta del nuevo edificio llamado Torre de Madrid.

El primer teniente de Alcalde, señor Díaz-Guijarro, acompañado del Com. Delegado del alumbrado, señor Lillo, dirige la iluminación extraordinaria que motiva de las Fiestas de Navidad, inaugurada en la calle de Fuencarral.



El Alcalde de Madrid, Excm. Sr. Conde de Mayalde, en el momento de inaugurar las estatuas de las dos Dulcineas en el Monumento a Cervantes de la Plaza de España.



El Obispo Auxiliar de la Diócesis, en el momento de inaugurar un ciclo de Conferencias, organizado por el Instituto Municipal de Educación en la Casa de la Villa.



Presidida por el teniente de Alcalde, delegado de Enseñanza, señor Gutiérrez del Castillo, se celebró, en la Casa de la Villa, una recepción en honor de los maestros madrileños, con motivo de la fiesta de San José de Calasanz.

El Alcalde de Madrid y el Concejal delegado de la Banda Municipal, durante el homenaje tributado a la misma.





El Ayuntamiento de Madrid ofreció una comida a los participantes en el Congreso Internacional de Agencias de Viaje. El Alcalde, dirigiendo la palabra a sus invitados.



El primer teniente de Alcalde, señor Soler Díaz-Guijarro, en representación del Excmo. Sr. Conde de Mayalde, en el acto de descubrir una lápida en la casa donde vivió el ilustre escritor don Luis Araujo Costa.

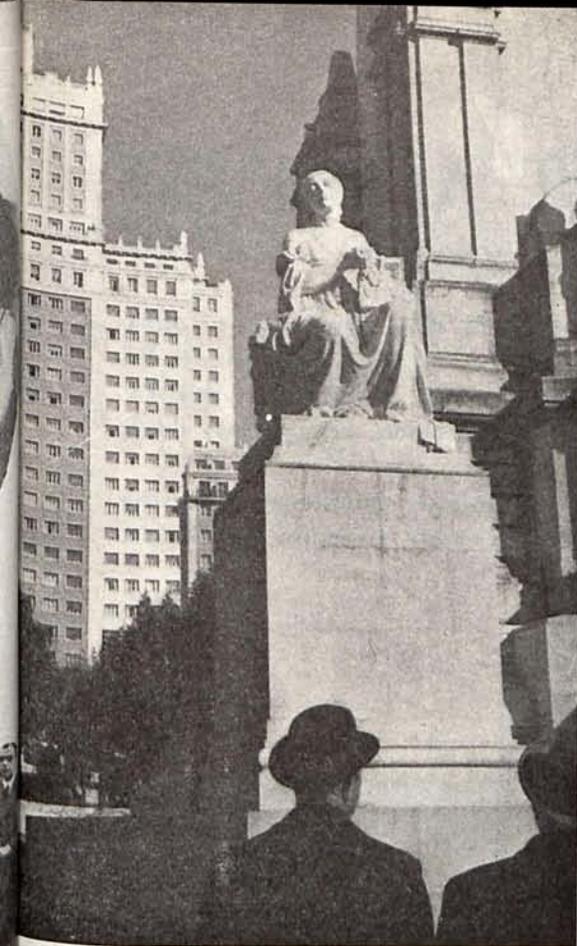


El Conde de Mayalde, conversa animadamente con Mr. John Paul Paine, destacado hispanista norteamericano, que fué a cumplimentarle.



El teniente de Alcalde, Sr. Soler Díaz-Guijarro, iza la bandera en la última planta del nuevo edificio llamado Torre de Madrid.

El primer teniente de Alcalde, señor Díaz-Guijarro, acompañado del Com. Delegado del alumbrado, señor Lillo, inaugura la iluminación extraordinaria que, motivo de las Fiestas de Navidad, fué instalada en la calle de Fuencarral.



El Alcalde de Madrid, Excm. Sr. Conde de Mayalde, en el momento de inaugurar las estatuas de las dos Dulcineas en el Monumento a Cervantes de la Plaza de España.



El Obispo Auxiliar de la Diócesis, en el momento de inaugurar un ciclo de Conferencias, organizado por el Instituto Municipal de Educación en la Casa de la Villa.



Presidida por el teniente de Alcalde, delegado de Enseñanza, señor Gutiérrez del Castillo, se celebró, en la Casa de la Villa, una recepción en honor de los maestros madrileños, con motivo de la fiesta de San José de Calasanz.



El Alcalde de Madrid y el Concejale delegado de la Banda Municipal, durante el homenaje tributado a la misma.



GALERIAS
PRECIADOS

GALERIAS PRECIADOS

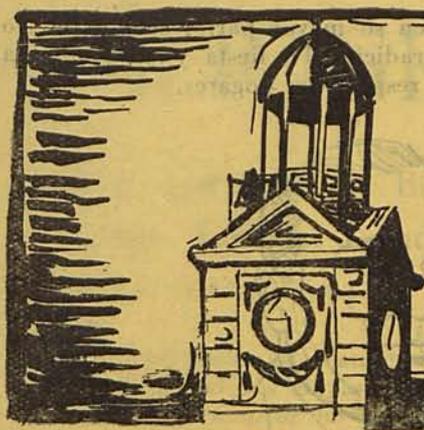
*Un Centro
de elegancia
en Madrid*

¡

para señoras
caballeros
niños
el hogar...

GALERIAS PRECIADOS

Ayuntamiento de Madrid



PUERTA del SOL

SUPLEMENTO DE VILLA DE MADRID • NUM. 4

Los tenientes de alcalde hablan

LA NAVIDAD EN LOS DISTRITOS

ESTOS días no sólo simbolizan el Gran Nacimiento, el Divino Misterio de Belén. Son nuestro propio cumpleaños; un cumpleaños elegido por la nostalgia, arbitrario, universal, blanco de alegrías. No existen otras mañanas, ni otras tardes, ni otras noches que nos hagan comprender mejor a los hombres que somos un poco más viejos. Las Navidades poseen un fondo de pureza religiosa profundamente entrañable; pero por otro lado representan en nuestro recuerdo las vacaciones del estudiante, el viejo regusto del turrón, el ensueño de las noches de Reyes. La Navidad lleva el signo de lo extraordinario, tanto en su propia esencia como en la manera de celebrarla. Sin embargo, es también símbolo de la suprema humildad.

Madrid, en su condición de Villa cristianísima y cordial, tiene un sentido alegre y respetuoso de estas fiestas. Para saber las costumbres de sus gentes humildes y las ayudas que reciben estos días, nos hemos adentrado por tres de sus barrios más populosos. En ellos hemos conversado con las personas que poseen la máxima solvencia y que mejor nos pueden informar: sus Tenientes de Alcalde.



DISTRITO DE VALLECAS

Ante nosotros don Eustasio de Juana Movellán, Teniente de Alcalde de este distrito.

—¿Es el mayor de Madrid?

—Sí; el más extenso y el más poblado.

—La Junta de Beneficencia, ¿posee medios económicos suficientes para atender estos días a las gentes humildes?

—Nosotros no podemos tener los poderosos medios de las barriadas céntricas de Madrid, ya que ellas cuentan con la inestimable ayuda del comercio lujoso.

—¿Alguna otra diferencia con los distritos del centro?

—El número de gentes modestas a quienes se debe atender en aquellas barriadas, lógicamente es menor

—¿Cómo corresponde el vecindario de Vallecas?

—De forma esforzada. Su colaboración es unánime, así como la de nuestros industriales y comerciantes, que, dentro de su modestia, contribuyen con su aportación incondicional.

—¿Qué socorros en especies distribuye en estas fiestas la Tenencia de Alcaldía?

—Mil bolsas de comestibles de seis kilos y medio cada una; mil prendas de abrigo; dos mil juguetes variados, que se reparten el día 5 de enero; quinientas mantas, y, en metálico, mil vales de cinco pesetas.

—¿Qué cifra total representa todo eso?

—Hablando exclusivamente de la campaña de Navidad y Reyes, doscientas mil pesetas. Sin embargo, lo repartido en las fiestas de la Virgen del Carmen se aproxima a las trescientas mil pesetas; también los donativos a entidades benéficas, comedores de ancianos, socorros en metálico, verificado a través de todo el ejercicio, representan otras trescientas mil.

—¿Qué ambiente es el de estas fiestas?

—Se desarrollan en una sana alegría. Esta barriada está compuesta, en más de un ochenta por ciento, por trabajadores, que estos días perciben emolumentos extraordinarios; este hecho tiene su proyección inmediata en los establecimientos comerciales de comestibles, uso, vestido y juguetería, que se ven más concurridos.

No falta tampoco el recogimiento familiar de la Nochebuena, ni la afluencia de fieles a las solemnidades religiosas que se celebran en los templos.

El vecindario, en su mayor parte, celebra la Nochebuena al estilo tradicional: fiesta y gran comida, pero dentro de sus respectivos hogares.



DISTRITO DE TETUAN

El Teniente de Alcalde, don Alejandro Ruiz de Grijalba, marqués de Grijalba, frente a mí.

—¿Población de su distrito?

—Doscientos cuatro mil habitantes.

—¿Recursos de la Tenencia de Alcaldía en materia de Beneficencia?

—Muy escasos, dada la reducida capacidad económica de sus residentes, y que por esta misma causa el número de necesidades es muy elevada.

—¿La Junta de Beneficencia tendrá muchas dificultades?

—Indudablemente. No obstante, su labor es superada cada año; esforzándose en llevar un poco de alegría durante las Pascuas a los hogares más necesitados del distrito.

—¿A qué cantidad asciende la suma total de este año?

—A doscientas cincuenta mil pesetas.

—¿En qué se invertirán?

—En 1.500 bolsas de víveres, con un valor aproximado de 125 pesetas cada una; en

—Distribuyen este año más o menos bolsas que el pasado?

—La mitad, pues nos falta la considerable aportación de la campaña de Navidad.

—¿Otros repartos?

—Mantas, juguetes, donativos a personas necesitadas y a instituciones benéficas.

—¿Tónica de las Navidades?

—Hablado exclusivamente de la campaña de Navidad y Reyes, doscientas mil pesetas. Sin embargo, lo repartido en las fiestas de la Virgen del Carmen se aproxima a las trescientas mil pesetas; también los donativos a entidades benéficas, comendadores de ancianos, socorros en metálico, verificado a través de todo el ejercicio, representan otras trescientas mil.

—¿Qué ambiente es el de estas fiestas?

—Se desarrollan en una sana alegría. Esta parvada está compuesta, en más de un ochenta por ciento por trabajadores, que estos días perciben emolumentos extraordinarios; esto hecho tiene su proyección inmediata en los establecimientos comerciales de comestibles, que se ven más concurridos, que se ven más concurridos.

DISTRITO DE LA LATINA

Ahora es don Joaquín Campos Pareja, su Teniente de Alcalde, quien responde a nuestras preguntas.

—Para que se les entregue el regalo, ¿necesitan solicitarlo?

—No. En nuestra Tenencia de Alcaldía tenemos un fichero completísimo de las personas que lo pueden necesitar.

—¿Total de dinero empleado este año en obsequios de Navidad?

—Un millón de pesetas.

—¿De dónde proviene ese dinero?

—De la generosidad de industriales y comerciantes del distrito y de todo el vecindario. Y también del pueblo madrileño en general que durante las fiestas de la Paloma acude a su popularísima kermés. De esta forma, la Junta de Beneficencia dispone cada año de mayores reservas económicas para convertir lo que fué diversión honesta de unos en remedio de males para otros.

—¿Distribución del millón de pesetas?

—Donativos en metálico, prendas de abrigo y bolsas de alimentos.

—¿Y para los niños?

El señor Campos Pareja me alarga una copia de la carta que los Reyes Magos han escrito a cada niño humilde de la Latina, citándole en el teatro de la típica plaza de la Cebada el día 6 de enero, a las once de la mañana, para recoger el juguete que a él le envían. El Teniente de Alcalde cree, y nosotros con él, que con estas cartas entrará un rayo de luz en los hogares pobres del castizo barrio.

DISTRITO DE VALLECAS

Ante nosotros don Eusebio de...
—¿Es el mayor de Madrid?

—Sí; el más extenso y el más poblado.

—¿La Junta de Beneficencia...
—Para atender estos días a las gentes humildes?



BIBLIOGRAFIA

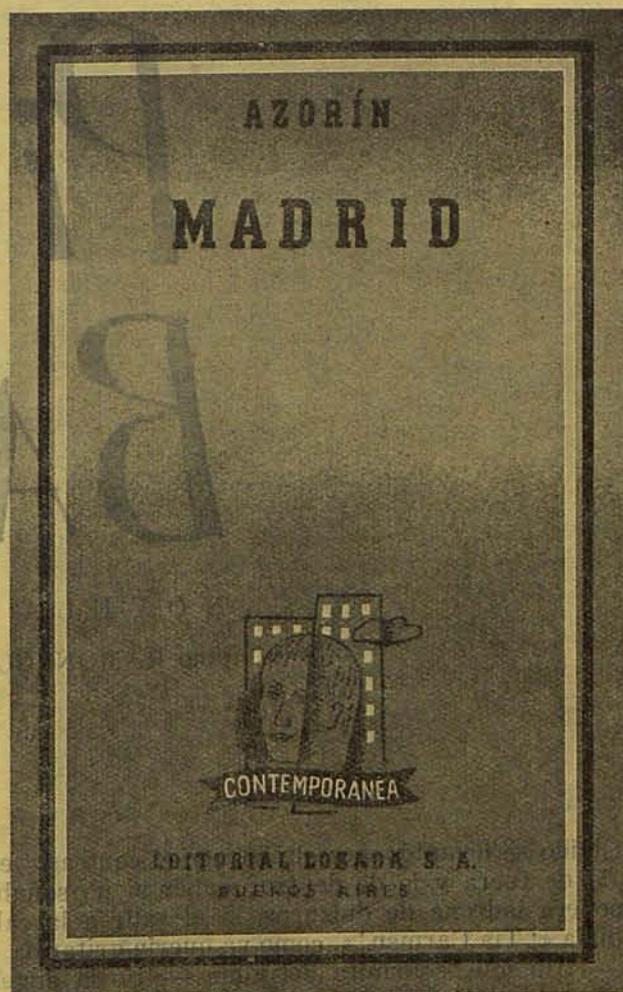
Madrid, por Azorín. Biblioteca Contemporánea. Editorial Losada. 150 páginas. Buenos Aires, 1954.

Madrid no podía estar ausente de la obra del maestro Azorín. Sabido es el papel decisivo que en la formación de este escritor ha jugado el ambiente literario de la capital durante los años finales del pasado siglo. No debe extrañar, por tanto, este volumen del escritor levantino, que reúne diversos capítulos donde se describen personajes y tipos, costumbres y situaciones de la época ya lejana, de su iniciación literaria. Prezona la nota común de estos ensayos el título —Madrid— que figura al frente de ellos. En efecto, se trata de un conjunto de impresiones sobre el Madrid que animó la llamada «generación del 98», que tanto influjo había de ejercer sobre nuestras letras.

En las páginas de esta obra, el Azorín de hoy, convertido a través de su extensa y luminosa labor en figura señera de nuestra literatura, recuerda a aquel José Martínez Ruiz, ignorado todavía, que, lleno de ilusiones, llegó a nuestra capital en el otoño de 1895. El hombre que no necesita nada, que ha llegado al final de su camino con su misión cumplida, contempla el escenario madrileño de sus años mozos. El paso del tiempo, inexorable, ha sumido en su sombra multitud de acontecimientos. No pretende el autor forzar el claroscuro que rodea su memoria, porque ha de ser sincero consigo mismo. Por eso no se propone inventar, sino recordar. Y de esta suerte emergen de la penumbra, precisas, exactas y diáfanas, las más interesantes evocaciones del Madrid finisecular, tan íntimamente ligado a la mencionada generación del 98.

No es Azorín escritor grandilocuente; su fina sensibilidad desdeña lo monumental; su acento nunca adopta el tono retórico. Ama los acontecimientos sencillos, el constante fluir de la vida con sus acontecimientos minúsculos, y, a veces, triviales. Pero esto no autoriza a considerarle como un escritor costumbrista, en el sentido que corrientemente se da a esta expresión. Cuando busca el detalle, el pequeño suceso, lo hace convencido del mero valor instrumental que tienen estos elementos, que por sí solos apenas tienen significación. De aquí deriva el aliento lírico de su obra, reconocido ya por Ortega y Gasset al conferirle el título de «poeta de lo castizo».

Los anteriores caracteres se ven confirmados en la obra que comentamos. Para trazar la fisonomía de la sociedad madrileña de fin de siglo no recurre Azorín a los grandes acontecimientos históricos ni localiza la escena de su relato con secas y prolijas descripciones arqueológicas. Prefiere acercarse a la vida cotidiana, para detenerse en el momento verdaderamente significativo y sugerirnos, con expresivos matices, la imagen precisa de la entonces Villa y Corte. Así nos conduce por los pupilajes, las redacciones, los cementerios, los mercados, el Museo del Prado, Lhardy, etc. La pluma de Azorín evoca los más diversos personajes, tanto los que en aquella época eran maestros de cimentada fama —Valera, Galdós, la Pardo Bazán, Clarín—, como los



que integraron con el autor la generación posterior —Unamuno, Valle-Inclán, Gánivet, Baroja, Maeztu—, sin olvidar algún genio malogrado, como Silverio Lanza. La galería destaca perfiles vivos, llenos de honda emoción; por ejemplo, el hotel de la Paix, en el que se hospedaba Maragall; el viejo caserón de la calle de la Misericordia, donde vivía la familia de Baroja, o el comedor del hotel de las Cuatro Naciones, evocado a través de la figura de aquel lector infatigable que fue don Marcelino Menéndez Pelayo.

Las impresiones recogidas por Azorín componen un sugestivo paisaje madrileño. El propio autor confiesa la atracción que ejercía el paisaje sobre el grupo del que él formaba parte. A esta preocupación se une la inquietud por la cuestión social, el deseo de que España no marche al margen de Europa y la esperanza de que nuestra nación tenga confianza en sí misma. Aquí está la clave del pesimismo que el propio Azorín razona de la siguiente forma: «Se considera tristemente lo actual, y se tiene esperanza, firme esperanza, en lo futuro.»

En algún capítulo el autor dice que va a escribir «despacito, con sosiego». Quizá sea ésta la nota que destaca en todas las páginas del libro. Pero con este sosiego nos comunica la prosa, serena y limpia de Azorín, una humana y cálida emoción. Sirvan de ejemplo, entre otros pasajes, la alusión a la fascinación de Valle-Inclán o el sentido recuerdo que dedica a Rubén Darío. Esta emoción es la que le hace decir a Azorín que «el presente de hace cincuenta años no se ha convertido en pretérito».

Piso Bajo

NOVELA MADRILEÑA

POR RAMON GOMEZ DE LA SERNA

(CONCLUSIÓN)

Olvido se levantó; necesitaba ver el contraste entre lo de fuera y lo de dentro; saber si no soñaba, si no era ladrona de dulzuras, si al salir a la calle gritaría «¡ Tía Carmen!», como ya quería gritarlo.

—Hija mía, sobrinita del alma —dijo la angelical Señora—. Has tenido suerte... Ya me doy cuenta de que tú eres muy correndona, pero tenías que tener un sitio al que acudir, la casa en que la alabanza del día se cumple entre el cielo y la tierra.

A Olvido la enloquecían aquellas palabras dudosas y simbólicas de la desconocida caritativa que parecía haberla encontrado tirada en la calle.

Aquella Señora era esa cuidadora que está pronta a hacer caridad, una especie de sosias —y que Dios perdone la irreverencia— de la Virgen del Carmen.

Está dispuesta a quedarse con el niño que aparece abandonado en el portal, o a curar a la joven que ha sido atropellada por los hombres.

Todos sus muebles están tapizados con un terciopelo suavísimo de tocar, como hecho con transfusiones de sangre prontas a reponer al lesionado.

La sentó en la gran butaca de su reposo y la ablandó un almohadón, que la colocó detrás.

—Me han quedado estos desmayos de un susto que tuve hace días.

—¿Cómo fué?

Es ahora la parte de confesión que ella rechazaba, porque todo lo malo lo quería olvidar, como si no hubiese sucedido.

—¿Lo saben sus padres?

—No, no lo sabe mi padre, que es con el único con quien vivo.

La digna Señora se consternó ante aquellas palabras, y quiso acompañarla para decir sólo ella: «Así será menos violento.»

—No, eso no.

—Mira, que peor es que lo sepa por otro camino.

La trajo un dulce hecho por ella, y que la repondría algo.

Olvido se sentía recobrada, y lo que más bien la hizo fué el cuadro del Cordero Pascual, que la ofrecía las inmortales grajeas de sus ojos y la banderita de la feria eterna.

Aquel socorro, después de irse a caer en la calle, tenía esa dulzura de sacristía en el gabinete de la pobre pensionista de la vida, que hasta con el olor del espliego espera a la víctima de la calle para salvarla con un rato de visita.

Madrid está lleno de esos refugios acogedores en que viven los duplicados de las vidas de las santas, los maniqués vivientes de esos viejos libros en que se relata la vida de los mártires.

Olvido miraba la habitación como el vagón parado habilitado en respuesta al vagón de la catástrofe.

—No se apure, venga.

Y la víctima de la calamidad estará un rato, restaurará su memoria como si no hubiese pasado nada y saldrá a la calle como Olvido salió al cabo de un rato, despejada, otra vez con la frente lisa, sabiendo agarrarse a la vida.

—Adiós, vuelva cuando quiera.

—Volveré.

Besó su mano sin saber por qué hacía aquello, y fijándose en que el piso era un primero derecha, se asomó a aquel portal con algo de cripta y vió que el número era el 14 —el catorce, el catorce, el catorce—, y que la plaza era una placita que nunca había visto, y que se llamaba «La Plaza», y la plaza sola —la Plaza, la Plaza, la Plaza—, y se salía a la calle de Chamberí, señas suficientes para orientarla hacia aquella especie de duplicado de la Virgen del Carmen, que se centuplica en Madrid y que es uno de sus mejores misterios.

Ramón GOMEZ DE LA SERNA